

Ninnie

La Ilustración Artística



AÑO XXIX

← BARCELONA 23 DE MAYO DE 1910 →

NÚM. 1.482

PARÍS.—SALÓN DE LA SOCIEDAD NACIONAL DE BELLAS ARTES. 1910



ESTUDIO, cuadro de Alfredo Agache
(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística, de París.)



Texto.—*De Barcelona. Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *Barcelona. Exposición de retratos y dibujos antiguos y modernos*, por A. García Llansó. — *Actualidades extranjeras. Mr. Roosevelt en Berlín. — Una misión militar china en París. — Londres. Traslado del cadáver de Eduardo VII a Westminster. — D. Pedro Borrell y del Caso. — Un aviador en ciernes. — Barcelona. La romería del Ram. — Espectáculos. — Minnie* (novela ilustrada). — *Valencia. Congreso de las Ciencias. Caravana automovilista. — Colonia. Juegos Florales de 1910. — El obispo de Barcelona en Las Cortes de Sarriá.*

Grabados.—*Estudio*, cuadro de Alfredo Agache. — *Exposición de retratos y dibujos antiguos y modernos en Barcelona. Ceremonia inaugural. Tapices de Goya, propiedad de la Casa Real, instalados en el Salón de la Reina Regente. Vista de una sala de la exposición. Tapices de Goya* (lámina). — *Mister Roosevelt en Berlín* (dos fotograbados). — *París. La misión militar china en Issy-les-Moulineaux. — El príncipe chino Tsai-Tao. — Londres. Traslado del cadáver de Eduardo VII a Westminster* (tres fotograbados). — *Después de la corrida*, cuadro de Rafael Lewishon. — *Humanidad*, cuadro de Georges Bertrand. — *D. Pedro Borrell y del Caso. — El hijo del famoso aviador Paulhan. — Procesión en la cumbre del Tibidabo. — Apertura del Congreso de las Ciencias en Valencia. — Llegada de la caravana automovilista de San Sebastián a la gran pista de la Exposición. — La señorita doña Margarita Bruch, reina de los Juegos Florales de Colonia, rodeada de su corte de amor. — El obispo de Barcelona en la Casa de Maternidad y Expósitos de Las Cortes de Sarriá* (dos vistas).

DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

El renacimiento espiritual de Cataluña, que empezó á alborear en las postrimerías del siglo XVIII para revelarse plenamente en la primera mitad del XIX, rebasó, de una manera paulatina, sus antiguos cauces. Del aspecto de la cultura artística y literaria, informada por un espíritu genuinamente local, pasó al problema político determinando una acción intensa como pocas, cuyo apogeo está representado por las elecciones de 1907 y los cuarenta diputados de la Solidaridad catalana. También ha habido elecciones este mes y en ellas se ha puesto de manifiesto una de las proverbiales sorpresas ó incoherencias del sufragio universal: el retroceso más ó menos aparente de aquella aspiración política, por razones que no nos incumben examinar ahora ni entran en el objeto de estas crónicas barcelonesas.

Lo que sí nos interesa considerar, es alguno de los efectos momentáneos del expresado retroceso, el cual, ó mucho me equivoco, ó ha de convertirse en reacción de actividad intelectual, ó en reacción de cultura. Suelen, casi todos los sociólogos, admitir una división, poco menos que axiomática, entre pueblos de vida política intensa y pueblos de predominante actividad social. Los primeros hablan, teorizan, sueñan, se enardecen. Son pueblos verbalistas, meridionales, amigos de la abstracción, sin sentido de la realidad, sin apego á la base económica, supuesto indispensable de toda prosperidad y civilización sólidas; son pueblos que se embriagan de palabras y no atinan jamás con la substancia y el contenido; pueblos estériles y perezosos, en suma, que todo lo esperan del estado, del gobierno ó menos aún: de las formas de gobierno y de los cambios bruscos de sistema, con independencia del esfuerzo individual y de la actividad privada.

En cambio los otros, los pueblos de una fuerte acción social en oposición á las disipaciones continuas y absorbentes del fervor político, suelen mostrarse muy poco palabreros. Son concentrados y taciturnos. Dejan, durante largos períodos, abandonada la cosa pública á los profesionales y parásitos, es cierto; pero se resarcan largamente de tales pérdidas enriqueciéndose, creando, intensificando su tejido social, trabajando en silencio y constituyendo una sociedad poderosa, que eclipsa todo lo oficial y que resiste cuantas dilapidaciones y hemorragias puedan producirle los vicios políticos. Algo así había venido representando Cataluña durante mucho tiempo. Su actividad social y privada era enormemente superior á su acción política. Su industria, su labor económica, su movimiento literario y artístico, el crecimiento material de su metrópoli barcelonesa, el empuje de las construcciones urbanas, todo ese conjunto de manifestaciones reales, concretas y de substancia, no incorporadas ni metafísicas, dejaban en la penumbra, casi en la obscuridad, el otro aspecto, el aspecto político de su existencia.

Pero vino un cambio de orientación, debido á circunstancias tan graves como el desastre de 1898 y la pérdida de las colonias españolas. Puede llegar un momento, llega muy á menudo, en que el factor político sea el decisivo para la suerte de toda la prosperidad social, que en tiempos normales contemporiza con los desaciertos é impurezas de la gobernación del país, y se defiende, y aun se resarce de ellos aplicando toda su energía á la producción y al trabajo. De esta crisis ineludible, aunque pasajera, salieron trastocados los antiguos valores: Cataluña pasó á ser el foco ó laboratorio de la actividad política de España, mientras pasaba al segundo plano ó al segundo término su antigua y predominante actividad social en lo económico, en lo artístico, en lo literario, en todos los órdenes del progreso.

Una ráfaga de meridionalismo, de latinismo, ha soplado fuertemente, en los últimos quince años, sobre esta tierra que se había ofrecido siempre, en la historia, á los ojos de los españoles y de los extranjeros, como una mancha de excepción coloreando el mapa peninsular. Era la «Holanda del Sur», de los escritores economistas y de los viajeros del siglo XVII, suscitados entonces por la ruidosa iniciación de la decadencia española bajo Felipe III, como ahora lo han sido otra vez por la liquidación final de la grande y trágica aventura de América. Era la «pequeña Inglaterra española», de los arbitristas y Amigos del País en el siglo XVIII...

La tensión ha sido demasiado violenta y prolongada para que no se experimente algún cansancio, para que no se vuelvan los ojos, con nostalgia, al punto de partida y á la esencia misma de este despertar nuestro, al mundo del arte, de la belleza, del pensamiento, de la expansión espiritual, reconociendo que en ellos se encierra la substancia del patriotismo catalán y que desde ellas invadía todo lo demás. Esta reacción en sentido de la cultura, por la fatiga de la acción constituyente en sentido político y por el influjo de las decepciones inseparables de toda pasión ó esperanza llevada al extremo, se manifiesta en multitud de síntomas. En realidad se había dejado decaer la acción de cultura, por el ardor que todo estado de lucha provoca y porque no existen ni una masa ni un estado mayor suficientes para las dos campañas á la vez, la del gabinete ó taller, y la de la plaza pública; pero ahora se observa por doquier el prurito de renovar la antigua animación barcelonesa, tan pródiga en espectáculos y solemnidades, en exposiciones y acontecimientos de interés intelectual.

* * *

Ahí está, si no, la exposición de retratos y dibujos, inaugurada el día 14 en el Palacio de Bellas Artes, que viene á enriquecer la ya gloriosa historia de este edificio con una nueva página de honor. Por la prentoriedad del plazo dentro del cual ha tenido que desarrollarse esta iniciativa, debe considerarse como una verdadera improvisación; y, no obstante, se han llenado con exceso los propósitos de las entidades artísticas que indicaron la idea, mientras le llegaba su turno, el año próximo, á la exposición bienal de Bellas Artes.

El retrato es un género artístico doblemente interesante: al interés estético, al interés de la belleza propio de toda pintura, une el de ser un documento histórico y de psicología. Los retratos tienen un poder de sugestión extraordinario, hasta el punto de que los pintores españoles, mejor dicho, los «pintores de España», son especialmente y primordialmente retratistas, fisiográficos. Así Velázquez, el Greco, Goya. En una colección de retratos sueltos, en una agrupación de retratos formando un lienzo solo, como el *Entierro del conde de Orgaz*, puede un pintor de genio dejar fijada toda el alma de Castilla y el temple recio y austero de sus conquistadores, de sus caudillos, de sus místicos, de sus ascetas atormentados por la maceración y la fiebre de lo divino. En otra serie de retratos, puede Velázquez inmortalizar el momento trágico de la decadencia de una dinastía precipitando la decadencia de una nación, como puede Goya fijar el nivel moral de un pueblo y de una corte, en otra de las grandes crisis nacionales, cerrando la serie de los grandes maestros y aun de los grandes hombres propiamente dichos.

Una exposición de retratos como la actual, cuyos elementos abrazan desde el siglo XVI ó las postrimerías del XV, hasta ahora, constituye una magnífica lección de cosas, una historia del carácter y del espíritu, un índice de la evolución humana. Cuando no os atrae la pintura, en sí misma, por la excelencia del color ó del dibujo, por la perfección técnica, por la intensidad expresiva del personaje, ofrece á la imaginación el incentivo de las modas que pasaron, de

las bellezas que florecieron, de las elegancias marchitas, de los amores desvanecidos. Allí, como en una feria de vanidades, cada siglo, cada década, muestran su tocado, sus galas, su gesto habitual. Corazas de arcabuceros imperiales, golillas de oidores, chambergos de mariscales, tontillos y basquiñas de las damas de Lope y Calderón, tricornos de coroneles filipistas, casacas de almirantes y de secretarios del despacho, carnes de nácar de las marquesas de Versalles, de las Cloris y Lesbias de la poesía pastoral; indumentaria de las comedias de Beaumarchais y de los sainetes de D. Ramón de la Cruz, uniformes estrafalarios y gloriosos de la guerra de la Independencia, sombreros de girondino, esclavina y bota alta de los doceañistas, cabezas bironianas de poetas jóvenes, como Cabanyes, despeinados por un viento de tempestad, terribles retratos del burgués con patillas, chaleco escotado y gran leontina de oro, estilo 1860; damiselas lánguidas, morfínizadas, «trecentistas» y liliales del ya pretérito modernismo 1895..., todo, todo pasa en tropel, como un río de ondas cambiantes y de tonalidades fugitivas, corriendo á la eternidad, viniendo de la eternidad.

¿No te has parado, lector, alguna vez en una de estas salas de exposición, ante el retrato de un personaje incógnito, atraído por la mirada de unos ojos escrutadores, de aquellos que Velázquez solía fijar en la tela para desconcertar al futuro espectador, allá, en centurias venideras? Años hace que traté de consignar poéticamente esta impresión en un soneto en lengua catalana. Supongo que no será incongruente la paráfrasis de la última parte, que va á continuación: «¡Maestro sin igual, espejo mágico, que un ser humano dejaste aquí, aprisionado y vivo para siempre! Es él, es él quien me contempla á mí y busca el fondo de mis ojos, con honda piedad. Cuantas veces no he querido mirarle, desde la tela marchita me ha llamado, imperiosa, la imagen del mortal desconocido. Como por un boquete abierto en lo pasado, me observa, pálido, vigilante, mudo, desde el fondo de la negra Eternidad...»

* * *

La sección de dibujo encierra también un gran incentivo para la curiosidad. El dibujo que no es simplemente académico ó de estudio, el dibujo de viaje, el dibujo efeméride personal, es ameno por esencia como suelen serlo los diarios, la correspondencia epistolar y la memorias íntimas de los hombres notables. Además, como efímeros y menos aparatosos, esos apuntes y hojas de álbum, están más expuestos á la dispersión y á la pérdida total; y el reunir una colección de ellos, ya que no más dispendios, requiere mucha más asiduidad, paciencia y fortuna que coleccionar obras grandes. En este sentido siempre será altamente instructiva una exhibición de conjunto, si se tiene en cuenta que esas colecciones no son tan fáciles de ver y hallar en España como las colecciones de cuadros y es preciso aguardar una ocasión excepcional, como la presente, para tenerlas á mano.

Harto se echa de ver que yo no hago crítica pictórica, con motivo de la exposición y que me limito á comunicar mis impresiones de visitante curioso de todas las cosas que atañen al progreso moral de nuestro pueblo y á la dilatación y afinamiento de nuestro espíritu. Aprovechemos este momento favorable, de sedación política en un sentido, para aplicar nuestras energías y entusiasmos á reemprender la consolidación de la cultura catalana, que es también «política», altísima política, encargada de conservar el alma y la esencia de los pueblos. ¡Suerte menguada la de aquellos que no pueden ostentar más que una organización administrativa y oficial, aunque sea perfecta, pero que carecen de espíritu, que carecen de expresión propia de este espíritu, esto es, de arte y de literatura! Gran cosa son las públicas libertades, el buen régimen, las autonomías merecidas y pacientemente conquistadas. ¿Pero qué autonomía superior á la *autonomía espiritual*, á la que no necesita de concesiones, ni de leyes, ni de magnanimidades de los poderes de la tierra, sino que se basta á sí misma y por sí misma, en virtud de su propia fecundidad? Tener un arte, tener una literatura, tener una modalidad sentimental y del pensamiento, tener un medio genuino de expresión lingüística para la intimidad de la emoción, á eso llamo yo tener autonomía de espíritu, y eso es lo que no conseguirán alcanzar en muchos años otros pueblos que se la conquistaron en el terreno político. No he de decir sobre cuál de esas dos franquicias recaen mis preferencias. Puesto á escoger no había de dudar un solo instante. Consérvense Dios el mundo de la idea y entregue á los filisteos y ambiciosos el del dominio material.

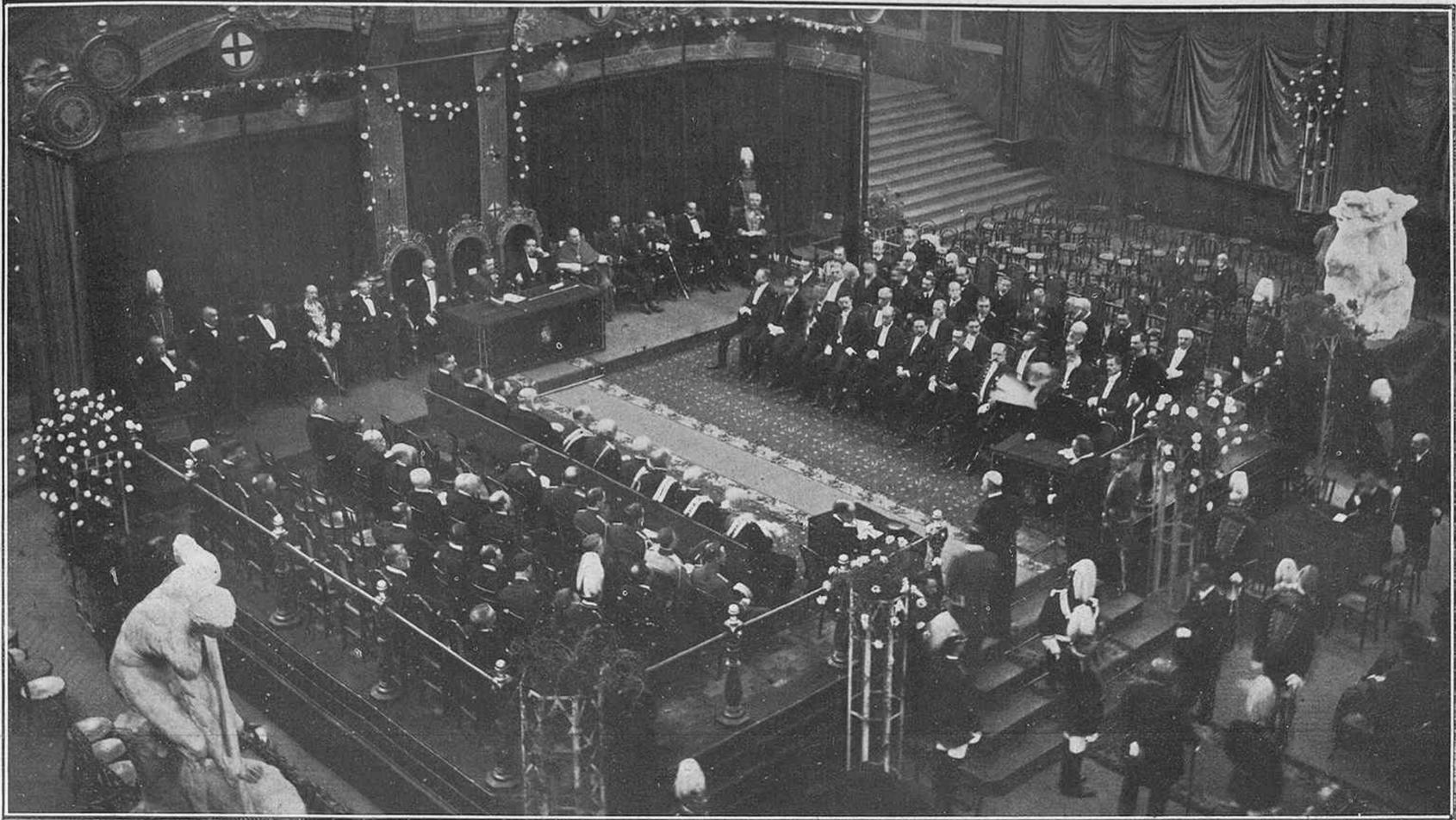
MIGUEL S. OLIVER.

BARCELONA.—EXPOSICIÓN DE RETRATOS Y DIBUJOS ANTIGUOS Y MODERNOS

Bajo los auspicios del Ayuntamiento de nuestra ciudad, que desde algunos años presta su valioso apoyo en beneficio del progreso del arte, se ha orga-

sunto fidelísimo, con la realidad de lo viviente, al monarca, al prócer ó al ciudadano, con sus rasgos fisonómicos, sus actitudes, sus trajes, sus preseas y

que han presentado los primeros artistas españoles, puesto que, aparte de sus relevantes circunstancias como producciones artísticas, servirán para dar á co-



Ceremonia inaugural de la exposición, efectuada el día 14 de los corrientes

nizado en el hermoso Palacio de Bellas Artes una interesantísima exposición de retratos y dibujos antiguos y modernos, que reviste gran importancia y ha de producir poderosa influencia en la producción artística de Barcelona. Elogios merecen sus iniciadores por haber concebido y realizado un certamen de tal trascendencia, y alabanzas no escasas la Corporación Municipal que acogió y patrocinó el proyecto, no escaseando medios y elementos para su feliz ejecución. Ciertamente es que en las anteriores exposiciones generales de Bellas Artes é industrias artísticas, adoptó el Municipio barcelonés igual conducta y dispensó análoga protección, y que al apoyo otorgado débese en gran parte el desarrollo que ha alcanzado el arte en nuestra ciudad y que haya llegado á ser tan poderosa su influencia, que se traduce en todas las manifestaciones de la producción, así en la vivienda como en los objetos de más trivial aplicación; pero no es menos evidente que la exhibición entraña otro carácter, tiene otra significación y asume otra finalidad.

La reunión de un número de retratos debidos á artistas meritorios, algunos de los cuales considerados como grandes maestros del arte patrio y otros malaventuradamente desconocidos, puesto que no estamparon señales ó signaturas que fijaran su filiación, ofrecen ya de por sí el atractivo que reporta la contemplación de las producciones magistrales y las enseñanzas que se derivan de su estudio. Además y especialmente aquellos retratos que reproducen personajes conocidos ó anónimos que florecieron en pasadas épocas, tienen mucho más valor que muchos de los cuadros llamados de historia pintados en nuestros días, puesto que nos dan á conocer, en tra-

los objetos de su uso y de su predilección, y con algo que vale más que todo ello, cual es el espíritu del individuo representado, que por reflejo, reproduce el de la época, el del período en que floreció.

Otro interés ofrece, asimismo, cada una de las obras expuestas; el que reporta el examen de una producción notable, considerada pictóricamente y la fisiografía, ya que los rasgos, los pormenores anatómicos, la característica de la expresión del retratado, exigen un estudio y habilidad en el artista, que no por constituir lo esencial de la humana representación, poseen la generalidad de los pintores que á este género se dedican, produciendo la omisión ó acentuación de rasgos, la falsedad ó la ridiculez, porque el

nocer la época en que vivimos. A esos distinguidos pintores, á las Academias y corporaciones y á los particulares, que no han titubeado en desprenderse de las obras capitales que han ejecutado, de los ejemplares que poseen y de los retratos de sus antepasados, para formar tan singular y espléndida manifestación, tributamos nuestro aplauso y dedicamos el testimonio de nuestra simpatía, ya que han dado muestra de su alteza de miras y de su patriotismo. Asimismo celebramos la resolución adoptada por nuestro monarca, al disponer se remitiera á nuestra exposición la valiosa colección de tapices de Goya, que posee la Casa Real, proporcionando el medio de que se conozcan obras de tan subido valor. Estas se han co-

locado en el salón de honor del Palacio, en el denominado de la Reina Regente, en donde por su amplitud y buenas condiciones pueden apreciarse cumplidamente aquellas obras del esclarecido artista, las cuales pertenecientes á un género especial, ofrecen la particularidad de representar un período de su vida artística y de las corrientes que imperaban en nuestro país. Proceden de la Real Fábrica de Tapices de Santa Bárbara y de la colección compuesta de cuarenta y seis que se deben al maestro, producidos, quizás, en aquel período en que comenzó á disfrutar la pensión de quince mil reales que le asignó el rey «para



Tapices de Goya, propiedad de la Casa Real, instalados en el Salón de la Reina Regente

conjunto exacto conduce á la verdad expresiva, que revelará el carácter, el espíritu, las virtudes y los defectos, y en algunos casos hasta la profesión del individuo retratado.

Excusado es decir que igual interés ofrecen y ofrecerán para nuestra generación y las venideras, los retratos, que pudiéramos llamar contemporáneos,

pintar los ejemplares para la fábrica de tapices y cualquier otra clase de obra para el real servicio,» según escribía Goya á su amigo Zapater. Representan también dichas obras la evolución, de carácter castizo, de la tendencia transpirenaica de Teniers y Watteau y el olvido de los antiguos moldes representados por el severo naturalismo del siglo XVII, por ese realismo

que expresaba el sentimiento nacional, de violentos contrastes, de brillantes colores, de rostros expresivos, que se manifestó en esas animadas escenas, en

que revisten como los precedentes mucho interés. En la sala II, haremos mención de los retratos de Carlos II y de Mariana de Austria, obra también de

de Simón Gómez y Masiera; en la XV otros retratos de Casas, Tamburini, Rusiñol, Baixeras, Llimona, Clapés, Carlos Pellicer y Matilla; en la XVI y



Tapices de Goya, propiedad de la Casa Real, instalados en el Salón de la Reina Regente

esos picarescos cuadros que reproducen los tapices, *La gallina ciega*, *El pelele*, *El cacharrero*, *El columpio*; etc., en donde todo vive y se agita, de color esencialmente local, en vez de los tonos delicados, de aquellas marquesas transformadas en pastorcillas y de los duquesitos de brillante zapato y de calzones y medias de perlina seda.

Difícil es mencionar, en este artículo, todas las obras importantes que figuran en la exposición, tanto en retratos como en dibujos, antiguos y modernos. Mas, sin perjuicio de dar á conocer algunas á nuestros lectores, y de ocuparnos de aquellas de singular interés, citaremos, por orden de salas, las que de momento, han llamado nuestra atención.

En la sala I figura, en el sitio de honor, el auto-re-

Carreño; el auto retrato de Fray Juncosa, y el auto-retrato de Antonio Rafael Mengs, el pintor predilecto de Carlos III.

La sala III está dedicada á las obras de Goya, figurando en ella los retratos de la familia de Carlos IV y de varios personajes de la época; y la IV á las de Bayeu, y al auto-retrato del pintor valenciano Vicente López.

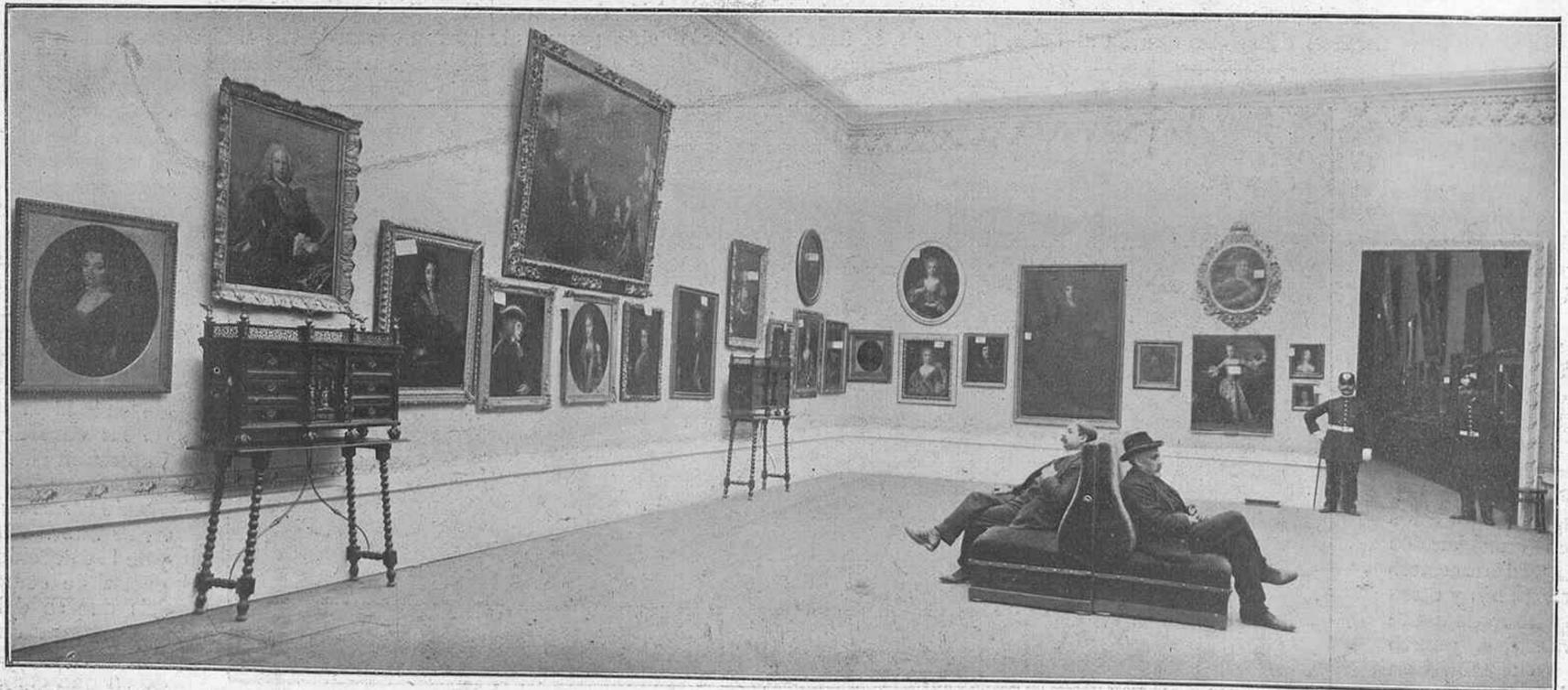
En la V figura un retrato de Fernando VII, obra de su pintor de cámara, el citado López, y en la VI un considerable número de miniaturas, encerradas en vitrinas. La sala VII contiene, entre otros, el retrato de la familia del pintor catalán Lacoma, ejecutado por él mismo.

En la VIII se hallan varias obras de Lorenzale y

XVII otros debidos á Urgell, Teixidor y Borrás.

Por lo someramente expuesto, apreciarán nuestros lectores la excepcional importancia de la exposición, no siendo, pues, de admirar que fuese tan considerable la afluencia de visitantes, el día de su inauguración, que tuvo lugar el 14 del actual, á cuyo solemne acto asistieron las autoridades, corporación municipal, comisión organizadora, cuerpo consular y representantes de las academias, corporaciones y entidades. La ceremonia tuvo lugar en el gran salón de fiestas, dispuesto con suntuosidad y buen gusto. El secretario de la exposición, Sr. Pirozzini, leyó una bien escrita Memoria y el Sr. Alcalde pronunció un hermoso discurso, que mereció unánimes y calurosos aplausos.

Por nuestra parte, al terminar esta somera reseña,



Vista de una de las salas de la exposición

trato de Velázquez; el del poeta Gaspar de Aguilar, por Francisco Ribalta, maestro que fué de Ribera, *el españolito*; Felipe II, atribuido á Alfonso Sánchez Coello, el pintor favorito del monarca; un retrato que se supone es obra de Murillo; Carlos II, de Carreño de Miranda; el P. Lagasca, pacificador del Perú, por Claudio Coello; el del cardenal Quiroga, que se atribuye al Greco, y otros remitidos por particulares y

Carderera, y en la IX algunas más de Vicente López. La X está destinada á las obras de artistas extranjeros, figurando en ella algunas de Bonnat, Zorn y Lebrun; y la XI á las de Martí y Alsina, Martínez Cubells y Garnelo. La XII contiene las obras remitidas por Sorolla, Pinazo y Benedito.

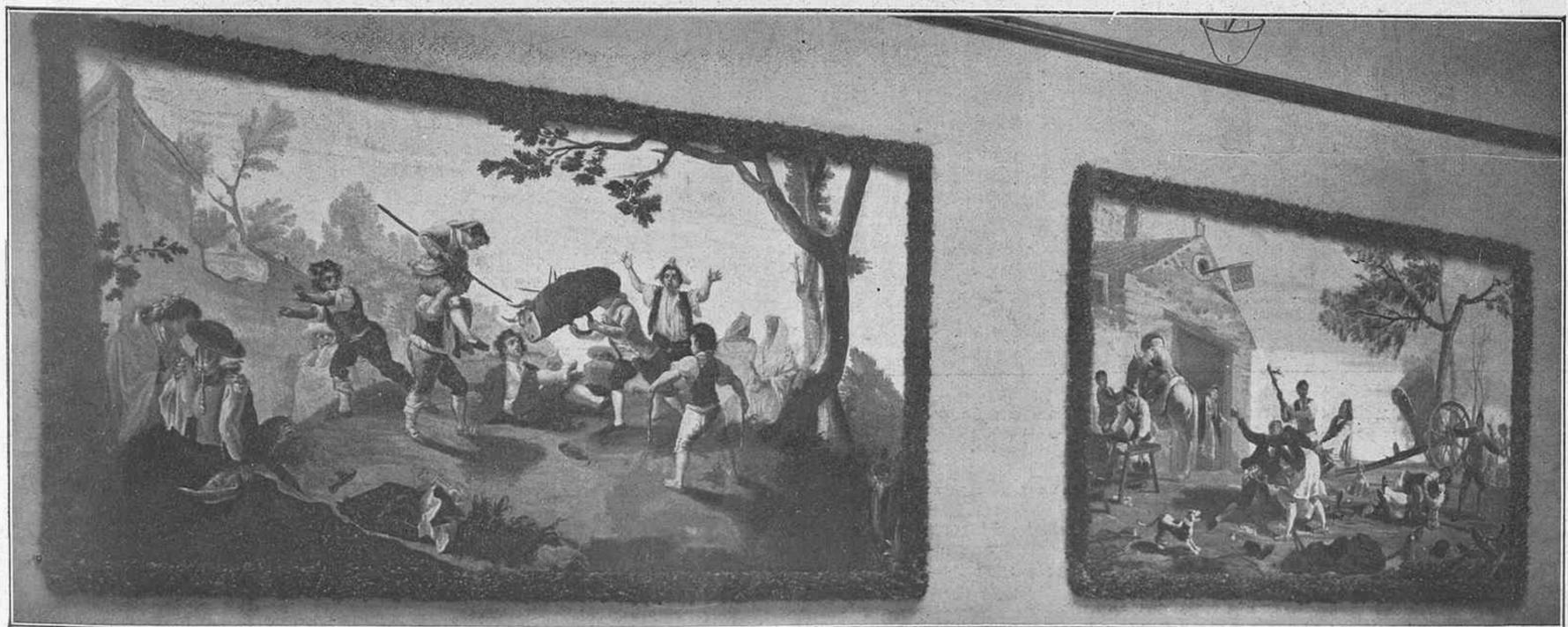
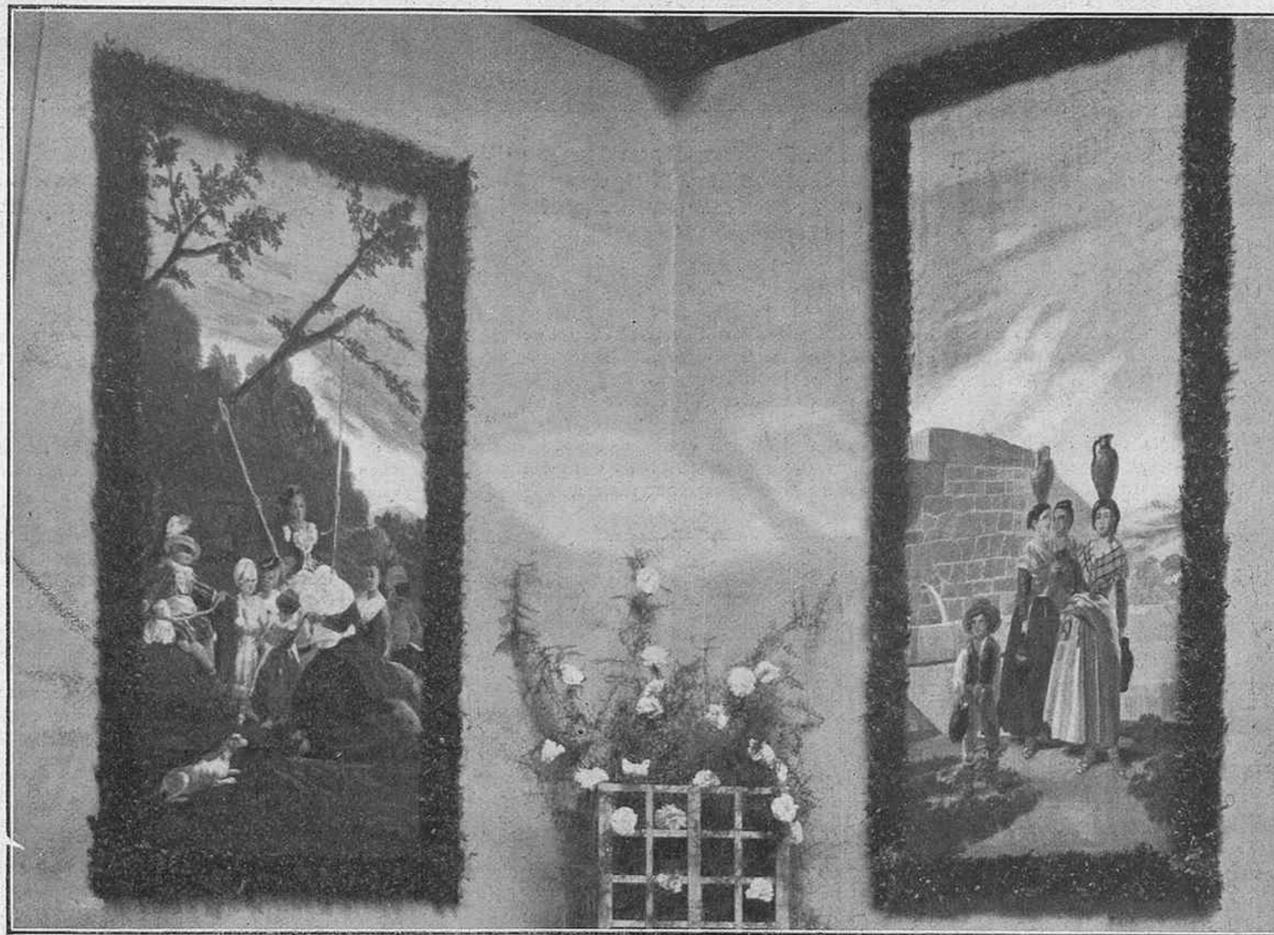
En la XIII se hallan agrupadas las obras de Federico Madrazo y Antonio Caba; en la XIV figuran las

hacemos votos por el buen éxito de la exposición y parafraseando uno de los extremos del discurso del Sr. Alcalde, repetiremos el deseo, de que Barcelona continúe dedicando al consuno sus energías y su simpatía por el cultivo de las artes, pues así logrará ser próspera y culta.

A. GARCIA LLANSÓ.

(Fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

BARCELONA.—EXPOSICIÓN DE DIBUJOS Y RETRATOS ANTIGUOS Y MODERNOS



Tapices de Goya, propiedad de la Casa Real, instalados en el Salón de la Reina Regente

ACTUALIDADES EXTRANJERAS



El expresidente Mr. Roosevelt y el emperador Guillermo II de Alemania en las maniobras militares de Doberitz.

MR. ROOSEVELT EN BERLÍN

El expresidente de la República de los Estados Unidos ha tenido en Berlín la misma entusiasta acogida que en todas las demás grandes capitales por él visitadas en su actual viaje por el antiguo continente. Llegó allí el día 10, en compañía de su esposa y de su hija, y la colonia norteamericana que le esperaba en la estación tributóle una ovación delirante, acompañándole entre incesantes aclamaciones hasta el palacio de la embajada, en donde el general Loewenfeld, expresamente enviado por el emperador, saludóle en representación de éste y le invitó en su nombre a ir a Potsdam.

En aquella real residencia, recibió el soberano alemán, rodeado de toda la familia imperial y de una brillante corte, celebrándose un almuerzo íntimo, terminado el cual Mr. Roosevelt y los suyos regresaron a Berlín.

A la mañana siguiente, el expresidente salió de la capital en automóvil; en Doberitz esperábase el emperador, y montando ambos a caballo, presenciaron unas grandes maniobras, en las



El expresidente Mr. Roosevelt, saliendo de la Universidad de Berlín, acompañado del embajador de los Estados Unidos Mr. Hill, después de dar en ella una conferencia sobre la «Historia de la Civilización» en presencia de la familia imperial y de ilustres personalidades científicas y políticas. (De fotografías de Carlos Trampus.)

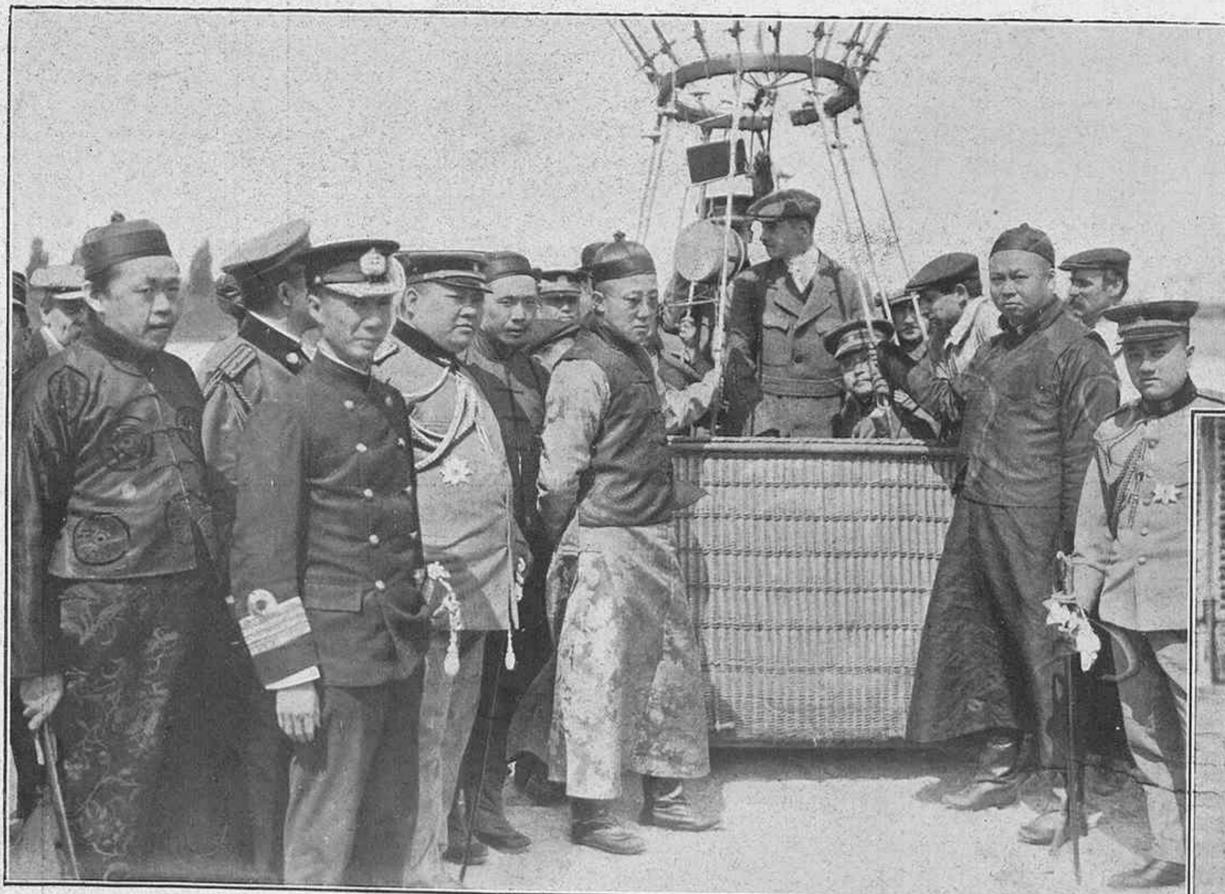
conferencia, que versó sobre la historia de la civilización. Después de haber estudiado el desenvolvimiento de ésta al través de los siglos y en los distintos pueblos del mundo, preguntóse el conferenciante si la civilización moderna, en virtud de su propia composición refinada, caminaba quizás hacia una ruina total, hacia una catástrofe parecida a la que acabó con los greco-romanos. Señaló, en apoyo de esta duda, la existencia en nuestros días del mismo lujo, del mismo refinamiento, de la misma corrupción de costumbres, del mismo debilitamiento de las virtudes viriles que caracterizaron la época en que aque-

UNA MISIÓN MILITAR CHINA EN PARÍS

Procedente de América llegó hace algunos días a París una misión militar china que, por encargo del gobierno del celeste imperio, ha de visitar las principales capitales de Europa estudiando la organización de los ejércitos. Forman esta misión el príncipe Tsai-Tao, hermano del regente y tío del emperador, jefe de estado mayor de la defensa nacional; el príncipe Poutong, S. E. Li Ching-Mai, hijo del difunto Li Hung-Chan, el general Ha Hang-Chang, subjefe de estado mayor, el general Liang-Li, el general Ha Hong-Mang, jefe de estado mayor del príncipe imperial, y trece oficiales del ejército y de la marina.

Durante su estancia en París, visitaron el aeródromo de Issy-les-Moulineaux, en donde les recibieron un representante del ministro de la Guerra, el general Grandpré y los señores Deutsch de la Meurthe, Archdeacon, Blieriot, Surcouf, Max-Richard, Quintón y otros.

En el cobertizo de la sociedad «Astra» vieron los chinos la navecilla de un nuevo crucero aéreo militar de dos motores. En el entretanto, habíase henchido un globo esférico al que subieron el Sr. Roussel, uno de los que tomaron parte en el último concurso de la copa Gordon-Bennett, y los generales Ha Hang-Chang y Liang-Li. Mientras el aeróstato desaparecía en los aires, los chinos visitaron el parque de aviación del Aero-Club, en donde Leblanc, en un aparato Blieriot, hizo durante diez minutos algunas notables maniobras.



París.—La misión militar china en el aeródromo de Issy-les-Moulineaux. El príncipe Tsai-Tao presenciando los últimos preparativos de la ascensión del globo en que se elevaron los generales Ha Hang-Chang y Liang-Li. (De fotografía de M. Branger.)

que tomaron parte importantes fuerzas de artillería, infantería y caballería, y que terminaron con un brillante desfile.

El día 12 dió Mr. Roosevelt una conferencia en la Universidad de Berlín, ante una concurrencia tan numerosa como selecta, en la que figuraban en primer término toda la familia imperial, los ministros prusianos, el canciller del Imperio, los dos burgomaestres de Berlín, el presidente del Reichstag y otras eminencias políticas y hombres de ciencias.

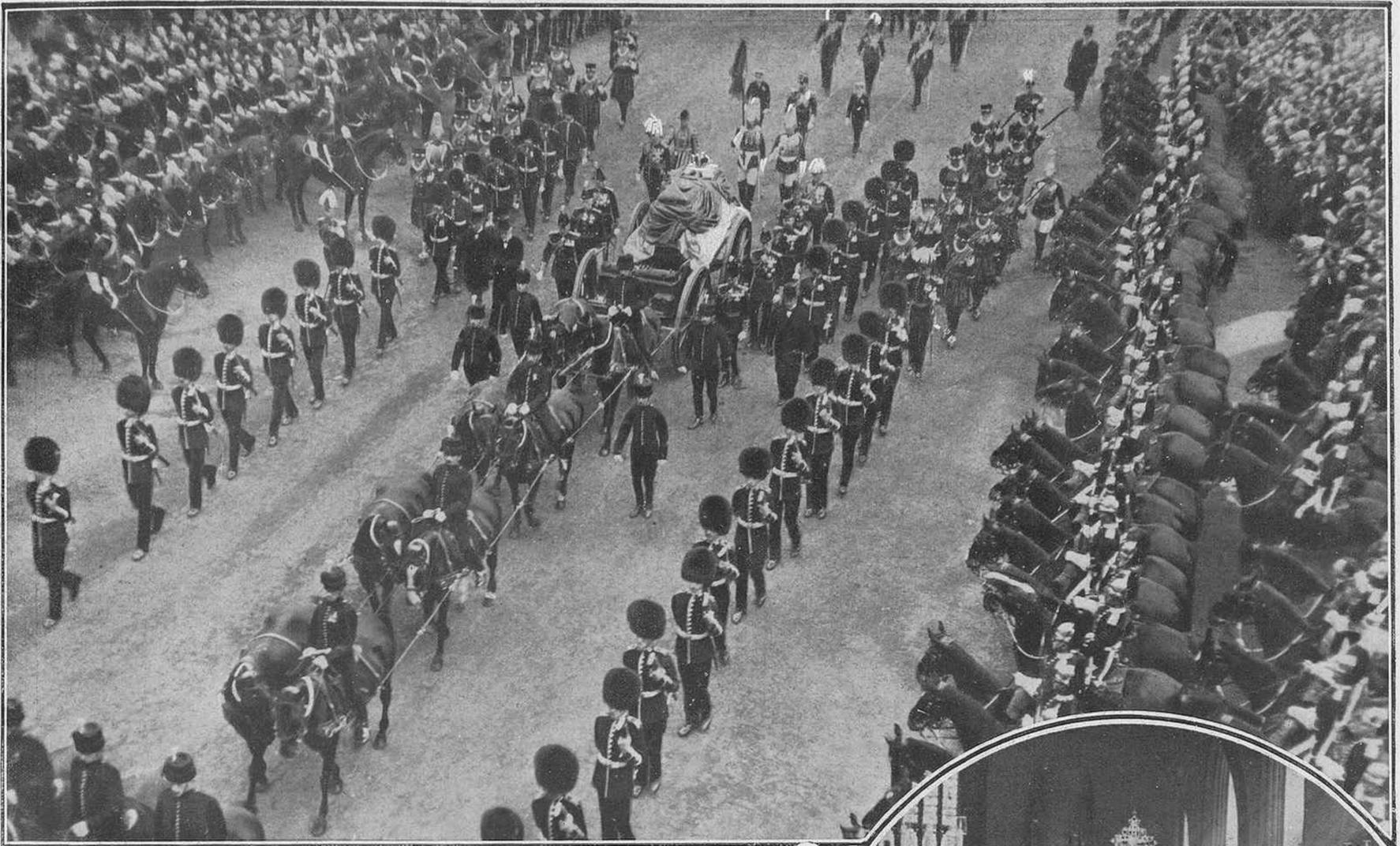
Después de una laudatoria salutación del rector de la universidad Dr. Erico Schmidt, Mr. Roosevelt pronunció su

llas otras civilizaciones perecieron; pero hizo observar también algunas diferencias fundamentales que nos permiten esperar que nuestra civilización logrará vencer los peligros que la amenazan, si tenemos la inteligencia, el valor y la honradez que para ello se necesitan, si practicamos en todo momento las virtudes en que se basan la familia y la vida del individuo.

El orador fué calurosamente aplaudido por el público y particularmente felicitado por el emperador.



El príncipe Tsai-Tao, jefe de la misión militar china (De fotografía de Felipe Hutin.)



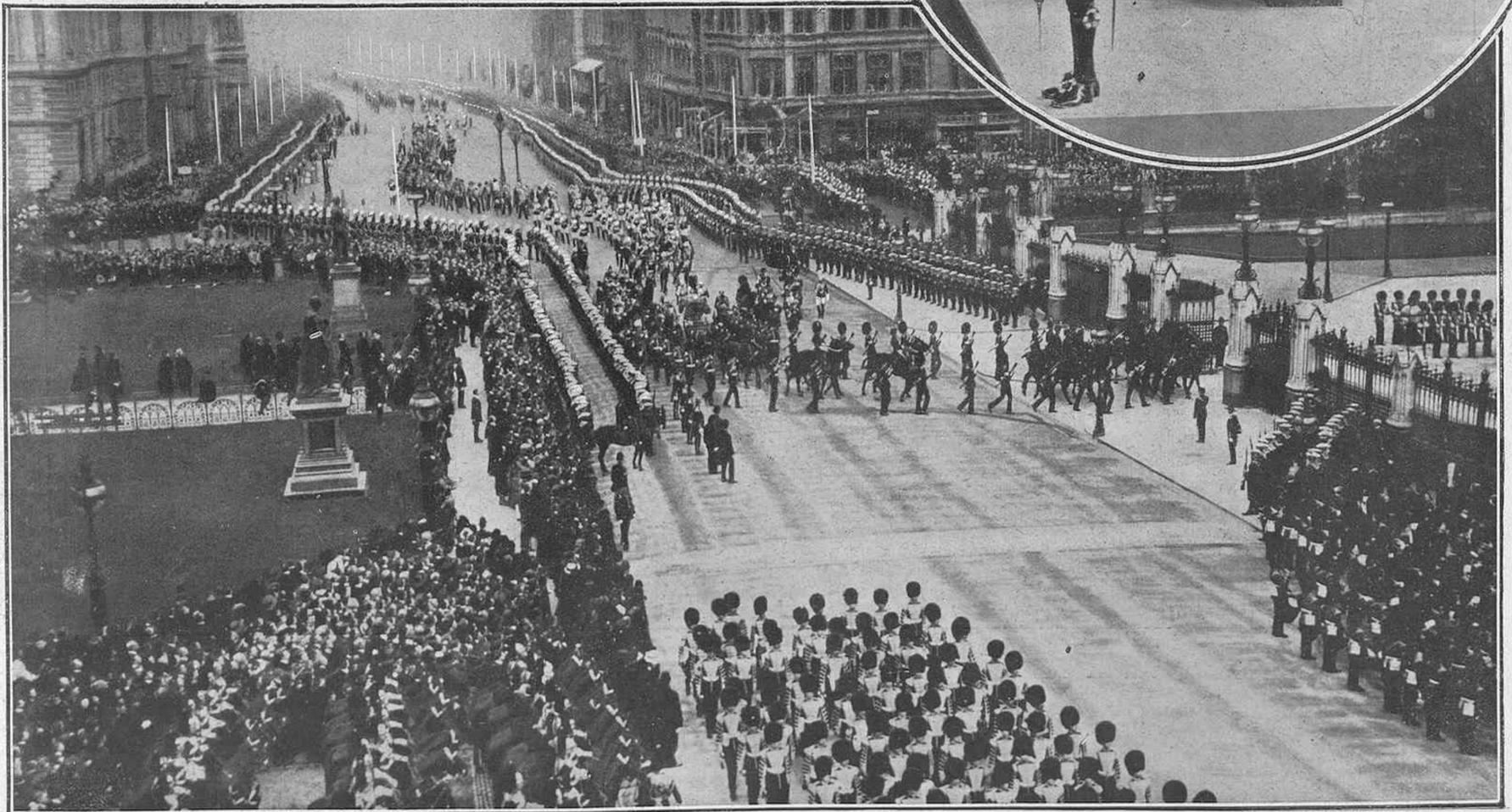
Londres.—Traslado del cadáver de Eduardo VII á Westminster
Armón de artillería que conducía los restos del soberano

TRASLADO DEL CADÁVER DE EDUARDO VII A WESTMÍNSTER. - Celebróse esta ceremonia, que fué solemnísimá, el 17 de los corrientes. En el gran salón del palacio de Buckingham, el obispo de Londres dijo un oficio fúnebre, terminado el cual el ataúd fué bajado al patio principal y colocado en un armón de artillería. Inmediatamente formóse la comitiva; delante del féretro iba el estado mayor del ejército y de la marina y detrás el estandarte real, el rey Jorge V, el duque de Cornuailles, el príncipe Alberto y los soberanos y príncipes extranjeros, y luego, en coches, las reinas Alejandra y María y las soberanas y princesas extranjeras.

Cubrían la carrera las tropas de todas las armas de mar y tierra, y una multitud inmensa contempló silenciosa y recogida el paso del fúnebre cortejo.

Al llegar á la catedral de Westminster, el féretro fué recibido por el arzobispo de Cantorbery quien, después de un oficio, pronunció un panegrico de Eduardo VII.

Allí quedó depositado el cadáver del monarca que, durante tres días, ha sido visitado por centenares de miles de personas. - R.



La capilla ardiente.—El cortejo entró en el palacio de Westminster. (De fotografías de London New Agency.)



DESPUÉS DE LA CORRIDA, cuadro de Rafael Lewishon. (Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística, de París.)

Terminó la corrida; el *maestro* hizo proezas de destreza y de valor, y el público le aclamó con entusiasmo. Entre los espectadores, una linda muchacha padeció angustias mil mientras duró el espectáculo y acaso elevó más de una oración á su Virgen predilecta; pero pasó el peligro, salió *sano y salvo*, y *ella* se asoció á la ovación tributada al torero y recompensó, con la más ardiente de sus miradas y el más gentil de sus saludos, al que es dueño de su alma. *Carmen* no ha muerto; vivió mucho antes de que el novelista francés la inmortalizara y vivirá mientras haya corridas de toros y circule por las venas de ciertas mujeres la ardiente sangre que corrió por las de la heroína de la novela de Merimée.



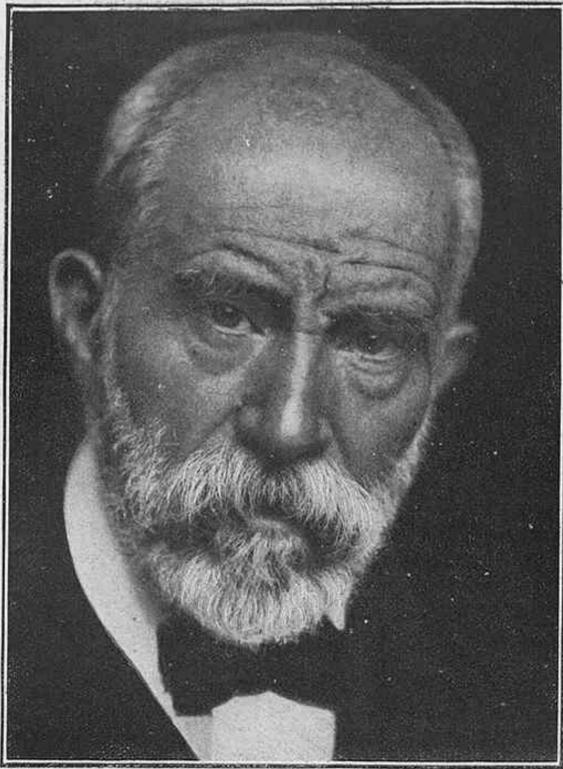
HUMANIDAD, cuadro de Georges-Bertrand. (Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística, de París.)

«Francia está agradecida á cuantos desde todas partes del mundo han acudido á socorrerla en sus calamidades. Inundaciones de París. 1910.»

Esta leyenda explicativa que en su obra ha puesto el autor de este cuadro, sintetiza de una manera admirable el sentimiento y la idea que en el lienzo de Georges-Bertrand preside. La alegoría es hermosa y el artista ha sabido presentárnosla en toda su grandiosidad y en toda su belleza: el paisaje inundado nos hace sentir el horror y la magnitud de la catástrofe; las serenas figuras que en frágil barca surcan las aguas expresan, sobria pero majestuosamente, las sublimidades de la abnegación y de la caridad

D. PEDRO BORRELL Y DEL CASO

Otro artista de indiscutible mérito ha desaparecido de entre nosotros. Su personalidad asumía la representación de un pe-



Pedro Borrell y del Caso, fallecido el 17 del actual

ríodo, de una de las fases del arte de nuestro país. Su producción fué copiosísima, obteniendo muchas recompensas en las exposiciones celebradas en esta ciudad y en Madrid, mereciendo citarse entre sus obras los *Fruteros* y *Bodegones*, premiados en 1866; varios estudios de figuras de tamaño natural, en 1870; el hermoso lienzo representando *La Purísima Concepción*, en 1876; el titulado *Payesa colgando uvas*, en 1878; varios *Paisajes de Cerdeña*, en 1879; el retrato de Jaime Balmes para la Galería de Catalanes Ilustres, y un considerable número de retratos.

Nació en Puigcerdá, y cursó los estudios de pintura en la Academia de Bellas Artes de Barcelona. Sus condiciones y aptitudes le aconsejaron dedicarse, muy especialmente, á la enseñanza, á cuyo efecto y sin descuidar la producción, fundó una Academia, en la que durante un largo período recibieron sus provechosas lecciones muchos artistas que han logrado luego distinguirse.

De carácter afable y bondadoso, mereció las simpatías de sus amigos y la consideración de sus compañeros, respetándole todos como un maestro y un cumplido caballero.

Descanse en paz el artista y el amigo.



Un aviador en cierne.—El hijo del famoso aviador Paulhán, ganador del premio del «Daily Mail» (10.000 libras esterlinas), jugando con un monoplano en miniatura construido para él por su padre. (De fotografía de M. Branger.)

UN AVIADOR EN CIERNE

El adjunto grabado parece confirmar el conocido refrán «de tal palo tal astilla»; ese precioso niño que se entretiene jugando con un aeroplano en miniatura es hijo de Paulhán, el célebre aviador que hace pocos días ganó el premio más cuantioso de cuantos hasta ahora se han concedido á la navegación aérea, el de 10.000 libras instituido por el *Daily Mail*.

Paulhán, padre, debió en la aviación, exponiendo en el concurso organizado por el Aero-Club en 1907 un pequeño modelo de aeroplano que obtuvo el premio del capitán Ferber; poco

después, los hermanos Voisin le ofrecieron un biplano, *chassis* y velamen, con el cual intentó sus primeros vuelos cuando pudo adquirir un motor. Desde entonces, los progresos realizados por él en materia de aviación han sido incansables hasta llegar á su última proeza, el vuelo de Londres á Manchester que le ha valido el premio mencionado.

No es, pues, de extrañar que su hijo Renato, que actualmente tiene cuatro años, haya querido tener como juguete un aparato parecido al de su papá; y tal vez algún día, si Paulhán II sostiene en los aires la gloria de su nombre, será curioso comparar el retrato del aviador de entonces con el que ahora publicamos.

BARCELONA.—LA ROMERÍA DEL RAM

El lunes de Pascua efectuóse la romería del Ram que todos los años se celebra en la cumbre del Tibidabo. Después de una misa de comunión general, los romeros, en número de algunos millares, dirigieron en procesión desde la iglesia de los Josepets á aquella montaña, que unos subieron á pie y otros en el funicular, y en la cual esperábase una muchedumbre extraordinaria que los saludó con entusiastas vivas y aplausos.



Barcelona.—Romería del Ram celebrada el 17 de los corrientes en el Tibidabo. Solemne procesión terminada la cual S. E. Ilma. el Dr. Laguarda, obispo de Barcelona, bendijo la ciudad desde la cumbre de aquella montaña. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

Llegados á la cumbre, el canónigo penitenciario Sr. Ballester, en una sentida plática hizo la presentación de los romeros al Sagrado Corazón de Jesús y acto seguido, en un altar levanta-

la *selva*, el *Viaje de Siegfriedo por el Rhin*, la *Marcha fúnebre del Ocaso de los Dioses* y la obertura de *Los Maestros cantores* de Wagner, que han sido calurosamente aplaudidas.

MADRID.—Se han estrenado con buen éxito; en Lara *El ama de la casa*, comedia en dos actos de G. Martínez Sierra, y *Los pelmazos*, sainete en un acto de los Sres. Nieto y Candela; en Apolo *Faldas por medio*, sainete en un acto de Sinesio Delgado, *La mamá suegra*, entremés en un acto de los Sres. Mihura y González y *El amo de la calle*, sainete en un acto de los señores Arniches y López Silva, música de los maestros Calleja y Alvarez; en el Gran Teatro *La corza blanca*, opereta en un acto de los Sres. Jackson Veyán y Rosso, música de los maestros Saco del Valle y Crespo, y *El país de las hadas*, revista de gran espectáculo de los Sres. Perrín y Palacios, música del maestro Calleja; y en el Salón Nacional *Junto al abismo*, comedia en un acto de los Sres. Noriega y Tallache, y *La Goya*, drama en un acto epílogo y prólogo de Pedro Mata.

PARÍS.—Las principales obras estrenadas con buen éxito desde nuestra última noticia son: en la Opera *Salomé*, ópera en un acto de Strauss; en la Comedia *Le songe d'une nuit d'amour*, poema teatral en un acto de Enrique Bataille; en el Odeón *Mademoiselle Molière*, comedia en cuatro actos y en verso de Luis Leloir y Gabriel Nigaud, y *Coriolan*, de Shakespeare, traducción en 26 escenas de Pablo Sonnies; en la Renaissance *Mon ami Teddy*, comedia en tres actos de Andrés Rivoire y Lucia no Besnard; en la Opera Cómica *Le mariage de Telemaque*, comedia lírica en cinco actos y seis cuadros de Julio Lemaitre y Mauricio Donnay, música de Claudio Terrasse; en Vaudeville *Le costaud des Epinettes*, comedia en tres actos de Tristán Bernard y Alfredo Athis; en Sarah Bernhard *Le bois sacré*, pantomima en dos cuadros sobre un poema rimado de Edmundo Rostand, música de Reynaldo Hahn, y *Vidocq empereur des policiers*, comedia en cinco actos y siete cuadros de Emilio Bergerat; en Rejane *Bridge*, comedia en cuatro actos de Pedro Bertón tomada de una novela de Cosme Hamilton; en la Gaité *Salomé*, tragedia lírica en un acto de Oscar Wilde, música de Mariotte; en Nouveautés *Le phénix*, comedia en tres actos de Rafael Valabregue; en el Ambigu *Prostitué*, drama en cinco actos tomado de una novela de Víctor Marguerite por Enrique Desfontaines; en Antoine *La bête*, comedia en cuatro actos de Edmundo Fly; en el Palais Royal *Tais-ti mon cœur*, vaudeville en tres actos de Mauricio Hennequin y Pedro Veber; en el teatro des Arts *Les yeux qui changent*, comedia en cuatro actos de V. Cyril y M. Froyez; en Varietés *Le lois sacré*, comedia en tres actos de Gastón A. Caillavet y Roberto de Flers; en los Bouffes Parisiens *Le jeune homme candide*, comedia en dos actos de Pedro Mortier, y *Xantho chez les courtisanes*, comedia en tres actos de Jacobo Richepin; y en el teatro des Ecoles *Heureusement*, comedia en un acto y en verso, adaptación de una obra de Rochon de Chabannes por Renato Kerdyk, y *Les deux foyers*, comedia en cuatro actos de Gastón Auvard.

tado á la puerta del templo que allí se está construyendo, celebróse una misa de campaña durante la cual el canónigo magistral D. Francisco de P. Mas, pronunció una elocuente oración sagrada sobre el siguiente tema: «El Sagrado Corazón de Jesús despertador de las energías de los pueblos.»

Terminada la función religiosa, los romeros, formando grupos, se esparcieron por la montaña para comer.

A las tres de la tarde se cantó un trisagio en la capilla y á las cuatro llegó al Tibidabo el obispo de Barcelona, Dr. Laguarda, á quien recibieron los romeros con afectuosas muestras de cariño y calurosas aclamaciones.

MINNIE, NOVELA ORIGINAL DE ANDRÉS LICHTENBERGER

ILUSTRACIONES DE SIMONT

I

... Mamá dobla el pliego, lo mete en el sobre gris, escribe la dirección y deja la pluma sobre el tintero. Otro cuadrito de papel que va á correr el mundo con tantos otros, mensajeros de alegría ó de tristeza. Y así los hay á millares que todos los días, sin tregua ni descanso, circulan sobre la vasta tierra, envolviéndola en una especie de red, estableciendo un lazo entre las pobres criaturas diseminadas por el globo, pobres criaturas tan aisladas, tan desamparadas, tan débiles...

¡Oh, sí, tan débiles! Como si el esfuerzo de escribir la hubiese extenuado, ó como si el haber anunciado una vez más la grande, la terrible decisión, hiciese más próximas las duras perspectivas del porvenir, mamá se deja caer en su sillón, apoyada la cabeza en el respaldo y las manos juntas sobre las rodillas. Es como si en ella se hubiese roto el resorte. Las facciones de su delicado rostro, siempre algo alteradas, lo están más que nunca. Su labio inferior tiembla. Y la mirada azul gris de sus ojos tan dulce, vaga angustiada en torno de la pequeña estancia. Todo aquello habrá que dejarlo... ¡Todo!

Se creía que el tiempo de destierro había concluído. Ya no habría que desprenderse de los seres queridos que tras sí quedaban, de las cosas íntimas que forman parte de uno mismo, para ir á tierras extranjeras, tierras de angustia, donde todo es desconocido y misterioso, hasta las estrellas que pueblan el cielo tranquilo de las noches. Pues no; hay que emprender otra vez la vida errante, hay que partir...

Los dedos de mamá se estremecen, se crispan sobre el vestido. Tiene grandes ganas de llorar.

¡Oh, cómo necesitaría sentirse acariciada, protegida contra las amenazas del porvenir y también contra las desesperanzas que se alzan de ella misma. Su mirada, que implora, se fija en los viejos muebles alineados á lo largo de las paredes. Ayer, se les encontraba feos, pasados de moda. Se hablaba de reemplazarlos. Hoy, aparecen como antiguos amigos de provincias, un poco anticuados, un poco ridículos, pero tan buenos, tan honrados, que no se podría renunciar á ellos sin traición. El papel floreado ha sido renovado este invierno. Las cortinas de ventanas y balcones debían ser cambiadas dentro de quince días. ¡Qué importa todo esto ahora! Se acabó. Ya no falta sino romper todos los lazos queridos tan alegremente apretados. Allí, lejos, está la tierra extranjera, la tierra pavorosa, casi salvaje, donde quizá no se detendrán tampoco, que habrá que abandonar aún por otras regiones más remotas, más bárbaras... Mamá no puede retener un profundo suspiro, tan grande, que Minnie, desde su rincón, dice, sin volverse, en un tono de amistosa reconvención:

—¡Oh, mamá, cómo suspiras! ¿Has comido demasiado?
Mamá no contesta en seguida. Pensativa, contempla á su hijita acurrucada delante de sus muñecas.

—Cuando tu muñeca esté curada, Minnie, vendrás y te daré una gran noticia.

¡Una gran noticia! Carlota ha ido á parar al suelo, de bruces. En dos saltos, Minnie se halla lejos de su escuela. Ya no hay angelito. La niña avispada que se ha plantado delante de su madre tiene su puesto marcado en nuestra sociedad y sabrá conservarlo. Bajo los bucles enmarañados, hay una bonita cara ovalada, en que dos ojos muy azules, que centellean, miran de frente. La nariz, ligeramente arremangada, se dilata sin timidez en medio del rostro. La barbilla avanza un poco imperiosa. Bien plantada, Minnie interroga con volubilidad:

—¡Una gran noticia! ¿Qué noticia? Y como mamá no contesta en seguida, ella se le adelanta para ayudarla: ¿pareció el gatito?, ¿hay bizcocho borracho para postre?, ¿Dickeys ha puesto un huevo?, ¿ó bien ha muerto alguien?, ¿ó Carolina, la cocinera, tiene un novio?, ¿ó papá va á comprar un hermanito? Mamá meneaba la cabeza. Entonces si ninguna de estas suposiciones—las únicas que pueden acudir á la mente—es la buena, Minnie renuncia á adivinarlo.

¡Que mamá hable, pero pronto! Minnie no puede esperar más.

—Pues bien, vamos á partir.

¿Partir? ¡Hola! ¿Para dónde? ¿Para Royán? ¿Parra Arcachón? ¿Para Biarritz quizá?

—No, Minnie, para mucho más lejos.

¿Mucho más lejos? Los ojos de Minnie se dilatan, sus labios se entreabren, sus mejillas se ponen más sonrosadas. ¡Oh! ¿Van á volver por ventura al hermoso país de antes, el país de donde aún vienen sueños de oro, y se le aparece como una especie de Edén radiante del que fué desposeída? ¿Van á volver al Brasil?

¡Ah, no, á Dios gracias! No se trata de eso. Con un gesto de horror, mamá aparta esta pesadilla. ¡El país de las fiebres, de los mosquitos, de todas las angustias! No, no, no volverán al Brasil. Pero van á partir para Constantinopla, donde papá ha de construir un puente, y tal vez de allí irán más lejos todavía, al Asia Menor.

¿Constantinopla? ¿El Asia Menor? A pesar de los esfuerzos de la señorita Bedaumine, su institutriz, las nociones geográficas de Minnie son vagas. Un pliegue de indecisión frunce su labio. La niña experimenta una pequeña decepción. Esperaba que era cuestión del Brasil... ¿Entonces es muy lejos Constantinopla, más lejos que Biarritz ó que París? ¡Claro que sí, tontuela! No se acuerda Minnie de aquel hermoso libro ilustrado que le relagó el amigo Gouf: donde se ven turcos con yataganes y largas pipas, mujeres cubiertas con un velo, camellos, caravanas; minaretes de altas cúpulas, y aquel gran golfo de agua resplandeciente con vapores y caiques: ¡el Cuerno de oro!

¡El Cuerno de oro! A este nombre mágico, es como si la niebla que obscurecía el entendimiento de Minnie se disipase de repente. Mucho más allá de las mediocres ilustraciones del libro del amigo Gouf, la niña percibe bruscamente lo que en él ha descubierto: la tierra de Oriente, el mar incomparable que la baña, los trajes abigarrados, las almés y los derviches,



El musco de Minnie es una colección única

Tiene allí seis, alineadas en la pared, que toman su lección. La una es manca, la otra tuerta, y una tercera, enteramente calva, tiene el cráneo abierto. Pero Minnie, con el entrecejo fruncido, es una maestra de escuela á quien no enternece ninguna enfermedad. A media voz, con acento de autoridad, interpela á sus alumnas, les hace advertencias, las estimula ó las riñe. Nineta es una perezosa; llevará azotes. Rita se tiene torcida; de una manotada, Minnie la endereza, le golpetea el vestido y la pone en línea en actitud de saludar militarmente. Pero Carlota tiene jaqueca; entonces Minnie la coge maternalmente en brazos, la acaricia dulcemente y le canta una canción para dormirla. Su naviguilla roma, que había arrugado poco antes para parecer más terrible, ha vuelto á su estado normal. Con infinitas precauciones, mima á la paciente, la apoya contra su mejilla rosada y cubre de besos su frente abierta. Un rayo de sol incendia los bucles de oro de Minnie. Parece un angelito aureolado que lleva en brazos una criaturita enferma. De pronto se eleva la voz de mamá:

toda una vida maravillosa y activa, tan diferente de la que ella conoce... y, abrazando seres y cosas, el sol, el sol tórrido y real, que doró los cabellos de su primera infancia... Con dilatados ojos, Minnie contempla todo esto. Aspira la luz, aspira el Oriente. Y junta las manos en actitud extática, murmurando:

—¡El Cuerno de oro! ¡Qué alegría!

Y mamá la considera con una ternura llena de emoción, en que se mezcla algo como un poquito de cólera celosa. ¡Ah, pobre mamá de fisonomía móvil y párpados abatidos, pobre mamá, tan pronta á los cuidados, tan ansiosa de los pies húmedos de Minnie y del exceso de trabajo de papá, lástima que no tenga algo de la confianza pueril y del optimismo espontáneo de su hija! ¡Ay!, dista mucho de ello; y, á pesar suyo, no puede retener otro suspiro.

Minnie, sorprendida, mira á su mamá. No es muy observadora. Pero tiene intuiciones bruscas é infalibles. Y, de repente, ve y comprende: las facciones alteradas por la preocupación, el labio trémulo, y la lágrima que asoma al párpado. ¡Pobre mamá! ¡Ella á quien tanto agitan los preparativos de marcha para Arcachón, qué asustada debe estar, ahora que se trata de semejante viaje, de semejante trastorno! Y, muy afectuosa, mimosa, algo emocionada por contagio y hasta protectora, Minnie salta sobre las rodillas de su mamá, le pasa un brazo alrededor del cuello y le acaricia la mejilla con una mano de limpieza dudosa (¡pero quién repara, en tales momentos, en bagatelas de pulcritud!) Y, en un amable tono de superioridad, explica, asegura. ¡Mamá no ha de asustarse de ese modo! ¿No está allí Minnie? Minnie es grande. Minnie la ayudará. Minnie hará las maletas, encargará el coche y tomará los billetes si es preciso. Mamá mueve la cabeza, con una semisonrisa... Minnie sonrío á su vez: ¿ve usted?, ya va mejor la cosa. Pero Minnie se incomoda y afecta un tono de reconvención. ¿Acaso no la consideran capaz de tomar los billetes, y de muchas cosas más? En el fondo, ¿de qué no sería ella capaz si la dejasen hacer? Pero lo malo es que no la dejan hacer...

De pronto Minnie se detiene. Su rostro se ha puesto serio, al paso de un pensamiento súbito. ¿Y Snap, y Fafio, y los canarios? Snap es un honrado perrito, un fox terrier, ladrador y jugueteón, el mejor camarada de Minnie; y Fafio es un soberbio loro brasileño cuyas alas brillan con todos los resplandores tropicales...

¿Obligarán á Minnie á separarse de ellos? No, papá quiere que les acompañen en el viaje. ¡Enhorabuena! Pero ¿y los canarios? ¡Ah!, los canarios, se los confiará á la señora Caminade, la portera, á quien le gustan tanto. ¡Hum! Minnie hubiera preferido llevarlos consigo. Pero quizá en Constantinopla habrá pájaros nuevos, ¿verdad? ¿Y además, á su regreso, se los devolverán? ¡A su regreso! Mamá alza los ojos al cielo...

—¿Y mis juguetes?

¡Cómo! Minnie no pretende llevarse todos sus juguetes. No, le permitirán llevar algunos, los menos voluminosos. Ella distribuirá los demás como recuerdo á sus amigos. ¿Como recuerdo? Minnie preferiría que la olvidasen y quedarse con sus juguetes. No es que sea avara. Pero tiene el instinto de la propiedad. En fin, hay que ser muy razonable... La niña sugiere una transacción:

—¡Pues bien!, daré como recuerdo todos los que son viejos y están rotos, y meteré los demás en los baúles.

Minnie palmea, satisfecha. De este modo se honrará con una porción de actos de generosidad que le costarán poco. ¿Y hasta quién sabe si no le serán provechosos? El año pasado, cuando Luisa Guerin partió de viaje, madama Darland, la madre de Julieta, le regaló un magnífico cubierto de bolsillo. ¡Un cubierto de bolsillo! Los ojos de Minnie brillan de codicia. Ella murmura en un tono afectado y algo hipócrita:

—Daré mi elefante, que no tiene más que dos piernas rotas, á mi cara Julieta, á quien quiero tanto.

Y, á fin de no perder tiempo, Minnie va á tomar en el acto sus disposiciones testamentarias. Una vez aceptada, la perspectiva de sus liberalidades la encanta. Esta situación de bienhechora universal va á conferirle un prestigio enorme. Se gallardea y se admira á solas. A ver: Margarita recibirá dos muñecas; Susana una. Minnie le explicará: si no hubiese estado tan desagradable el día del paseo en burro, recibiría dos también. Así aprenderá. Minnie saborea la satisfacción hartamente mezquina, pero sensible, de alegrar á unos pocos con aquellos regalos y dar envidia á muchos...

Pero de pronto se detiene y pregunta alarmada:

—¿Y mi museo, mamá?

—¡Oh!, tu museo...

—¡Oh!, mamá...

¡Minnie junta las manos con un acento de súplica

apasionada! Mamá que iba á negarse en redondo, vacila. ¿Llevar aquel baratillo?, ¿qué ocurren! Pero el rostro de Minnie se ha entristecido tanto! Hay en su angustia algo que mamá no discierne bien. Afortunadamente entra papá.

—Preguntásele á tu papá, dice la madre que sale así del paso.

Minnie se precipita entre las piernas de su padre y se agarra de él como puede.

—¡Papá, mi querido papáito adorado! ¿Verdad que puedo llevar mi museo á Constantinopla?

Papá levanta del suelo á su hijita y mira sus ojos de mirada tan franca. Y, á no dudar, reconoce en ellos esa expresión de ardiente súplica que difiere totalmente de los caprichos pasajeros de Minnie. No, no es ningún antojo; es uno de esos deseos que salen del fondo de su pequeña alma en formación, que aún es, tan á menudo, indecisa y otras veces tan determinada ya, donde hay tantos gérmenes delicados que es preciso no lastimar.

Y papá dice muy serio, para que la magnitud de su concesión sea apreciada, y también para que Minnie vea que la ha comprendido y que le habla en este momento como á una persona mayor.

—Ciertamente, Minnie, te permito llevar tu museo.

—¡Hurra!

Minnie comprime violentamente varias veces seguidas el vientre paternal y exclama:

—Voy á embalarlo en seguida.

Y, mientras papá se sienta al lado de mamá, toma entre las suyas su mano blanca y fina y empieza á hablar á media voz, Minnie, atareada, acerca al baúl su cofre de juguetes, esparce el contenido por el suelo, y, con infinitas precauciones, coloca en él, una por una, con sus manecitas ligeras, ahora atentas y suaves, las singulares piezas que constituyen su museo.

El museo de Minnie es una colección única. Y ni Constantinopla, ni Florencia, ni Pekín, ni Tombuctú encierran riquezas que le sean comparables. Y es que los objetos inconexos que lo constituyen, tienen de distintivo que su valor reside menos en sí mismos que en lo infinito de las sensaciones que son susceptibles de despertar.

Clasificándolos según su origen, pueden dividirse en dos categorías.

Los unos son juguetes ó fragmentos de juguetes viejos. No ofrecen más que un lazo común, el de estar en general muy deteriorados y ser antiestéticos. El método que presidió á su elección es muy oscuro. ¿Quién dirá por qué, entre la multitud de regalos hechos á Minnie, algunos han sido conservados con un cuidado piadoso, mientras que la inmensa mayoría ha desaparecido, á veces al cabo de años, en la fosa del olvido? De una colección de fieras de cartón cuero sobrevive un león cojo. Una taza desportillada subsiste de un servicio de té regalado á Minnie á la edad de dos años. Un porta monedas destripado, con una moneda de veinte céntimos nuevecita; una cabeza rubia de muñeca, con los cabellos apolillados; los dos «caballos» negros de un juego de ajedrez, cuyas piezas figuraban osos, y una minúscula rana de bronce, figuran entre los números más preciosos. Tienen un carácter sagrado. No se juega con ellos. Minnie presta sus demás juguetes, á veces de mala gana, á sus amiguitos. Estos no se prestan, se enseñan únicamente, y no se les toca sino con mucho cuidado. Un día, para hacerla rabiar, madama Gerle pidió á Minnie que le diese una de sus dos piezas de ajedrez. Y después se la quiso comprar, se obstinó, le ofreció por ella una moneda grande de plata, y hasta dos. Minnie, nerviosa, acabó por tirárselo todo á la cara prorrumpiendo en sollozos. Cuando le preguntan por qué está tan enamorada de su museo, no lo sabe explicar. Y mamá, preguntada á su vez, no se ve menos apurada que la niña para dar explicaciones. Pero papá, mejor psicólogo, lo sabe. Minnie ha creado su museo como los primeros hombres crearon sus dioses, por necesidad de situar fuera de sí mismos lo que había en ellos de mejor y de más vivo. La colección de sus cachivaches desaparecidos concentra todo lo que ella tiene de tradicionalismo. A cada uno de ellos va unido algo de su alma. Forman parte de ella. Son los puntos de mira mágicos en que se apoya todo lo que constituye su modo de ser.

Y, sin embargo, no ocupan en su colección más que el segundo lugar. El primero está reservado á las «curiosidades.» La mayor desesperación de la infancia de Minnie fué la que experimentó el día en que el gesto pesado de una criada rompió una de las dos conchas maravillosas que el tío Amadeo trajo de Java. Afortunadamente la otra sobrevive intacta y brillante, en un lecho de algodón en rama. Las hay menos raras, de varias formas. Hay también animales embalsamados. El más hermoso es el sapo gigan-

te, negro y pustuloso, que no es posible mirar sin terror. Pero hay también dos colibrís y un lagarto. Este pedazo de madera, es una flecha tirada en el Centro africano por un antropófago. La piedra con rayas de oro, la trajo papá de su gran excursión por el río de las Amazonas. Hay fragmentos, guijarros sin nombre, restos informes cuya significación no sabe nadie más que Minnie. Es inmensa. Las «curiosidades» son, si es posible, más sagradas todavía que las demás piezas del museo. Apenas si se atreve nadie á tocarlas. Se las acaricia con la vista. Se las adora. Minnie, rompedora de juguetes, no ha deteriorado ninguna. Minnie, á quien aburren diez minutos de lectura, se pasa una hora contemplándolas.

¿Por qué? Porque las historias que las curiosidades cuentan son mil veces más interesantes que todos los libros. Mejor dicho, no son historias. En los libros, unos caballeros ignorantes acumulan invenciones mediocres y laboriosas. En cambio, á las curiosidades, no hay más que mirarlas y escucharlas: lo que sale de ellas, es algo tan vivo, tan verdadero, tan íntimo, tan maravilloso, que no hay palabras para expresarlas.

Este coco, por ejemplo, castaño obscuro, sucio y acorchado, con pedazos de corteza y filamentos leñosos adheridos, evoca á los ojos de Minnie el país prestigioso de su primera infancia.

Un día se lo trajo á Minnie un negro alto, que tenía los cabellos lanosos; y Minnie lo cogió entre sus brazos: entonces la boca gordiflona del negro se rajó hasta las orejas. Este negro era el marido de la buena Julia, una mulata, la nodriza de Minnie. ¡Cómo!, ¿se acuerda realmente de la mona vestida de madrás amarillo? Quizá no es exactamente un recuerdo. Pero Minnie la ve cuando tiene el coco mágico. Ve una pequeña Minnie rosada, medio desnuda bajo un inmenso sombrero de paja, que titubea entre una gruesa mujer de tez castaña que le tiene cogido un dedo y un negro corpulento cuya risa inextinguible descubre blanquíssimos dientes. Tienen una manera extraña y murmurante de hablar con entonaciones infantiles, canciones deliciosas que son muy alegres y melancólicas, y sus manos de diablo son ligeras y suaves como dedos de hadas. Se hallan en un parque inmenso. Hay plantas verdes extraordinarias que por encima de las cabezas entrelazan en inextricable espesura palmas monstruosas. Por todas partes, flores colosales, espléndidas, flores de ensueño resplandecientes. Mirándolas, las pupilas se dilatan. Y son de una variedad infinita. Las que centellean sobre las aguas de los estanques, son fulgurantes peces de oro. Las que cantan, son mágicas aves que llevan los colores del arco iris en las alas. Las que vuelan, son mariposas de esmeralda y zafir que os deslumbran un segundo y se elevan luego hasta lo cima de los árboles, para lanzarse, más arriba que la ilusión, á las bóvedas de verdura y al fuego del sol. ¡Oh!, la sombra embriagadora, temblorosa, acariciadora de aquellos follajes fragantes, la sombra exquisita, envolvente hasta la angustia, ¿quién se la devolverá á Minnie? ¡Y quién le devolverá el gran sol calcinante, el sol gema y fuego, el sol cuyos besos hacen pulular la vida lozana é innumerable! Cuántas veces Minnie ha preguntado á su mamá: «¿Entonces no volveremos nunca al Brasil?» El país de destierro ha seguido siendo para ella la tierra de gloria, cuya imagen deslumbra aún sus noches.

Igualmente las otras «curiosidades» de su museo cantan á Minnie las maravillas del mundo. De todo origen, de toda forma, de todo color, las conchas envuelven en sus curvas armoniosas, hacen brillar en su nácar, murmuran con ese cuchicheo que hacen cuando se las acerca al oído, los grandes misterios de la naturaleza. De Ceylán, esta espiral prolongada dice los bosques de mil esencias, los hombres negros y nobles, parecidos á estatuas de bronce. Estas pequeñas conchas rojizas, de tono opaco, evocan las ardientes playas del golfo Pérsico. Redonda, con sus brillos cambiantes, la ostra perlera habla de la India, de sus riquezas y de sus horrores, de las batallas contra los tiburones y los tigres, el fausto de los rajahs y la espantosa multitud de templos y de ídolos. Pero esta pequeña porcelana, bajo su hueco castaño dorado, oculta las tempestades del grande Océano y los tifones de los mares de la China. El amigo Pedro la encontró en el bolsillo de su blusa cuando recobró los sentidos en la playa de Formosa después de la catástrofe del *Bongainville*.

Todo esto es el museo de Minnie. Él es quien le trae las amadas voces del pasado; él es quien la pone en comunicación con el gran todo. ¿Pero quién sabría desentrañar todo esto? Minnie á buen seguro que no, y cuando le preguntan por qué quiere tanto á su museo permanece con la boca cerrada ó dice tonterías.

Mamá misma no lo ve muy claro y mientras Minnie coloca uno por uno sus tesoros en el cofre de los

juguete con mucho papel de seda y cabezales de periódicos, ella expone á papá sus quejas. Le cuenta la indiferencia con que Minnie ha aceptado el abandono de Burdeos, de todos sus amigos y de todo cuanto conoce. Esto á mamá la tiene un poco escandalizada: ¡si su hija no tendrá corazón! ¡Y ha estado á punto de deshacerse en lágrimas á la idea de abandonar tras sí aquel mediocre bazar!

Pero papá no manifiesta ninguna inquietud. El hombre que quiere vivir no se dejará estorbar con vanas sentimentalidades y sabrá desembarazarse de ellas para ir adelante. Pero guardará en un rincón de su alma, so pena de impiedad, las reliquias del pasado de que ha salido. Por esto Minnie está en su derecho de abandonar Burdeos con alegría; pero, en el equipaje que partirá para el Oriente, hay un pequeño puesto reservado con todo derecho á su museo.

Y mientras que, sentimental y doliente, mamá, por milésima vez, dice sus aprensiones y solicita que la tranquilicen, papá, reconfortándola, mira á la niña con satisfacción. En suma, la bella serenidad de Minnie sólo proviene sin duda de esto: es que es una pequeña aturdida que, preservada por la ternura envolvente de sus padres, no conoce nada de las dificultades de la vida. Pero papá, que conserva de la Escuela politécnica la afición á los sistemas sólidamente concebidos, traduce esto en una fórmula mucho más filosófica. Minnie abriga en estado de ins tinto lo que, en el sabio, no es á menudo sino voluntad reflexiva y laboriosamente adquirida: el desprecio de las trabas del pasado, la confianza en sí, la fe en el porvenir. Por ella circula la savia robusta que ha suscitado los grandes hombres y los pueblos fuertes. Si la humanidad primitiva no hubiera sido como ella, aún seríamos brutos errantes y miserables. Lo que ha hecho las artes y las ciencias y toda la civilización, es que de siglo en siglo, ha habido hombres que han tenido el instinto de Minnie; que han marchado hacia adelante con paso vivo y alegre sin detenerse en estériles recriminaciones ni en inquietudes entorpecedoras.

—¡Ajá!, dice Minnie, tengo hecho mi baúl. ¡Estoy pronta!

¡Estoy pronta! He aquí la frase del buen campeón en la lucha por la vida, del que no se deja sorprender ni abatir por las zancadillas de la fortuna. Un cuarto de hora basta para liquidar el pasado para extraer de él lo que puede fortalecer el corazón y hacer frente á las eventualidades del porvenir. Un cuarto de hora y un baúl de muñecas. Así se rompen las trabas inútiles, y se evade uno de las viejas fórmulas, y no se queda prisionero de una porción de cosas muertas y anticuadas.

Y Minnie vuelve á preguntar:

—Yo estoy pronta. ¿Cuándo partimos?

¿Cuándo partimos? ¡Ah! He aquí la pregunta inevitable. Papá y mamá cambian una pequeña mirada ansiosa. Mamá, inclinada á eludir las dificultades, quisiera quizá diferir la explicación. Pero papá es amigo de las soluciones claras. Cuando hay que arrancar una muela, se sufre más si se hace de varios tirones. Papá atrae su hija hacia sí y en un tono algo grave, pero muy tierno, la entera de esto: hay que hacer toda una instalación en Constantinopla; hay que buscar casa, muebles, criados. Papá y mamá partirán solos desde luego. Minnie no se reunirá con ellos hasta un poco más tarde.

Minnie se estremece y se pone pálida. ¡Es posible! ¿Van á abandonarla? ¡Cómo!, ¿papá y mamá van á partir juntos hacia el hermoso país de Oriente, hacia los mares luminosos, hacia el Cuerno de oro? ¿Y á la pobre Minnie la dejarán atrás? El sol se ha puesto, empieza á oscurecer. Minnie se siente débil y solitaria en la gran ciudad que se cubre de tinieblas. Va á prorrumpir en sollozos. ¿Es posible que no tengan piedad de ella?

No, Minnie no se quedará sola. Al contrario, será la primera en tomar el tren dentro de dos días. Pero no será para ir en seguida á Constantinopla. Se detendrá en París.

¿En París? Sí, en París, en la ciudad famosa de la cual tantas veces ha oído ella contar maravillas, en París donde hay las mejores tiendas, de donde vienen las muñecas más bonitas... Y habitará en casa de la madrina, que la ha invitado como á una señorita.

¿La madrina? Sí. ¿No se acuerda Minnie de aquella señora anciana que, el año anterior, pasó dos días en Burdeos y á quien su papá llamaba madrina? Sí, Minnie la recuerda. Le dió una caja de confites de chocolate. Era una señora muy vieja con bucles blancos que le caían por cada lado de la cara. Andaba despacio apoyándose en un bastón. Tenía una infinidad de plieguecitos en el rostro, y al pronto se sentía uno intimidado en su presencia, porque su

aspecto era muy severo. Pero cuando se reía tenía un aire tan bueno, su boca desdentada hacía una mueca tan chocante, que daban ganas de saltarle al cuello y darle fuertes besos... Parecía una de esas hadas, como las hay en los libros, que pueden tener el aspecto terrible con su bastón mágico, pero que no se sirven de él sino para hacer salir de la tierra una porción de sorpresas y bombones... ¿Y es aquella señora la que ha invitado á Minnie, á quien apenas conoce? Ciertamente, hay para estar orgullosa.

—Irás á ver París, que es la ciudad más hermosa del mundo, y la torre Eiffel, y el Jardín de Aclimatación. Y hasta..., escucha, Minnie, te regalaré una moneda de oro, y te comprarás lo que quieras como recuerdo.

¡Una moneda de oro! Es la primera vez que Minnie poseerá semejante riqueza. Bien le dan algunas el día de Año Nuevo, pero apenas ve el color que tienen, pues en seguida las llevan á una especie de alcancía, á la Caja de Ahorros. Parece que este escamoteo es reglamentario. Pero es poco divertido poseer así tesoros invisibles. Mientras que tener una verdadera moneda de oro en la mano, pudiendo hacer de ella lo que á uno le dé la gana...

—¿Y quién me acompañará? ¿Tú, papá?

Muchas veces Minnie se ha declarado capaz de ir sola hasta el fin del mundo. Pero, de pronto, le entra un miedo atroz de que la tomen la palabra, y sólo de pensarlo le da dolor de vientre. Afortunadamente nadie piensa en tal cosa. Papá no la puede acompañar; pero que se tranquilice. No irá sola. El amigo Gouf vendrá á buscarla y la depositará en manos de la madrina.

¡El amigo Gouf! La alegría se pinta en el rostro de Minnie. ¡El amigo Gouf! ¡Qué suerte!

En las amistades de Minnie, el bueno de Gouf ocupa un puesto privilegiado.

Hace años, á su regreso del Brasil, en el momento de llegar, papá, mamá y la pequeña Minnie, en pie sobre un rollo de cuerdas, miraban, apoyados en la borda, el muelle lleno de gente que se acercaba poco á poco al vapor. Había allí una multitud de personas desconocidas; instintivamente se buscaba una cara conocida; y Minnie preguntaba á media voz si Julia, la mulata, había venido á su encuentro.

No estaba la mulata Julia. Pero, de pronto, Minnie reparó en una abultada barriguita cubierta de un chaleco blanco y cruzada por una cadena de oro. Encima de la barriguita se veía una cabeza redonda, casi calva, de aspecto bondadoso, con sus mejillas coloradas, sus cuatro pelos de barba y detrás de unos lentes que se escurrían á cada momento de la nariz, pero que retenía un cordón cinco veces remendado, dos hermosos ojos azules de porcelana semejantes á los del nene nadador de Minnie. Por cima de todo esto se agitaba frenéticamente un pañuelo. Y tan pronto como papá vió la barriguita, agitó también su pañuelo y murmuró con la voz ronca: «¡El amigo Geoffroy! ¡No me extraña de él!»

Diez minutos después, papá y el caballero se abrazaban. Y luego, mamá le estrechó la mano, dándole las gracias por haber venido. Él farfulló bajo su bigote cosas no muy inteligibles, perdió y volvió á coger varias veces sus lentes. Y como la mirada de Minnie no se apartaba de la suya, acabó, para darse un aire de circunstancia, por pedir, poniéndose colorado, que le presentasen á la niña. Pero Minnie, con una voccecita clara que hizo volver la cabeza á varias personas, declaró con desenvoltura:

—Le conozco á usted muy bien: usted es el amigo Gouf de papá.

Entonces todo el mundo se echó á reír. Y desde aquel momento, Augusto Goffroy, antiguo alumno de la Escuela politécnica, ingeniero de minas, es el amigo Gouf.

Es el amigo Gouf de papá y de mamá. Pero es particularmente el amigo Gouf de Minnie. Aunque vive en París, son raros los meses en que, á lo mejor, después de la comida, no se oiga un pequeño campanillazo que parece excusarse. Papá alza la nariz de encima de su periódico, escucha y dice con enfado: «Apuesto á que es el animal de Geoffroy, que tampoco ha venido á comer con nosotros.» La puerta se entreabre. Pero no se abre del todo. A pesar de las exhortaciones de la criada, el animal de Geoffroy teme molestar. Podía volver al día siguiente por la mañana. Pero papá levanta la voz y ordena: «¡Quieres entrar!» Y sonriente, poniéndose colorado, el amigo Gouf hace su aparición deslizándose arriado á las paredes con aire inquieto. Y cambiados los saludos, después de recibir las reconveniones ordinarias y prometer solemnemente invitarse la próxima vez, dirige una mirada oblicua á sus bolsillos, en extremo abultados, é insinúa á Minnie que puede mirar lo que hay dentro.

Es increíble lo que sale de aquellas alforjas. Diría-

se que ha saqueado un bazar. Pero,—justo es decirlo en honor de Minnie—aunque el amigo Gouf se presentase con las manos vacías, su decepción no sería grande. Minnie le quiere de una manera desinteresada. De repente, cuando aún se encontraba ella á bordo y él en el muelle, simpatizó con el amigo Gouf. El tiempo no ha hecho más que confirmar y fortalecer aquel sentimiento espontáneo. ¿Qué ha hecho el amigo Gouf para conciliarse así un afecto que Minnie no distribuye á tontas y á locas? No lo debe á sus munificencias: la mayor parte de las veces, el amigo Gouf ha roto por el camino los juguetes que ha pagado carísimos y se ha sentado sobre los bombones cuidadosamente escogidos en casa del mejor confitero. Tampoco es que tenga una conversación muy brillante ó conozca juegos extraordinarios. Al contrario. Jugando á los bolos, es de una torpeza que sólo puede compararse con su distracción al dominó, y nunca ha podido acabar de referir un hecho ó contar un cuento. Pero tiene tan buena voluntad que se le perdona todo. ¡Tiene tantas atenciones con Minnie! ¡Es tan dócil á sus deseos y hasta á sus caprichos! ¡Se turba tan fácilmente y se alegra tanto de que le traten con confianza! Es delicioso tener así un buen amigo sonrosado y gordito, á quien se conoce á fondo y con el cual no se tienen sorpresas desagradables. Minnie se ha paseado á veces con él toda una tarde; él no se cansaba de escucharla quitándose y volviéndose á poner los lentes; de vez en cuando, arriesgaba alguna palabra; y regresaban encantados el uno del otro. Hacer un viaje con el amigo Gouf es realmente una perspectiva admirable.

La fisonomía de Minnie se serena.

—¿Y bien, Minnie, ya estás consolada?

Minnie se retuerce con un poco de hipocresía. En el fondo, sí, está consolada. Además, cuando se ha resuelto una cosa, de nada sirve gemir ni andarse con historias. Es preferible tomarla por el lado bueno. Pero Minnie hubiera podido no consolarse tan fácilmente. Es un favor que hace y que conviene agradecerle. ¡Y si se mostrase demasiado alegre, quién sabe si suprimirían la moneda de oro! Por consiguiente, Minnie menea la cabeza, suspira dos ó tres veces y declara que le dará mucha tristeza irse sin papá y sin mamá, pero mucha tristeza. Sin embargo, puesto que ya es una muchacha grande, puesto que no han de tardar en volverse á ver, puesto que va con el amigo Gouf á casa de la madrina, á París, será muy juiciosa.

—¿Y partiré pasado mañana?

Pasado mañana. No hay un minuto que perder. Minnie sólo tiene tiempo de escoger los juguetes que ha de llevarse y disponer la distribución de los demás. Abre su armario de par en par, vuelca su contenido al suelo, y se absorbe, atareada, en el reparto de sus bienes mobiliarios. A media voz se habla á sí misma, discute, vacila, y luego palmocea y se echa á reír cuando ha tomado su decisión y se figura la alegría de las que va á enriquecer ó la decepción de los envidiosos.

Inmóviles en la obscuridad que crece, papá y mamá se la miran, pensativos, sin hablar. Mamá recuerda los tiempos, no muy remotos todavía, en que era una niña delicada y demasiado nerviosa. Recuerda sus angustias al final de las vacaciones, en vísperas de su vuelta al colegio, ó de viajes, ó de los aniversarios que hacen pensar en el transcurso rápido del tiempo. Recuerda sus terrores ante el porvenir; el espanto que, cada noche, durante un año, la asedió á la idea de que un día sería grande, abandonaría la casa paterna, y tendría quizá esposo, é hijos que criar... Y, aun ahora, á pesar de la ternura robusta de su esposo, ¡cuán desconsolada é inquieta se siente!.

Y los pensamientos de papá no son muy diferentes de los suyos. Él también se acuerda de las aprensiones de su infancia, disimuladas por orgullo, ¡pero extenuativas y tan dolorosas! Sólo á fuerza de voluntad consciente se hizo otra educación moral, llegando á tomar la vida como debe tomarse. Aun ahora, más de una vez, se ve obligado á luchar para no abandonarse á las inquietudes enfermizas y á los escrupulos falaces, que son la herencia de una progenie de burgueses de toga y de pluma, anemiados por demasiadas generaciones de vida sedentaria y cerebral. Y se felicita con un orgullo, que no trata de disimular, por haber criado á su hija tal cual es. Él quiso que, desde su primera infancia, se la dejase desarrollar libremente, sin trabas ficticias que paralizasen sus miembros, sin que una disciplina prematura viniese á comprimir su cerebro y su corazón. Así se formó sana y jovial. Un espíritu exento de segundas intenciones, un corazón franco, una voluntad no debilitada por frenos inútiles, tales serán sus armas en la lucha por la vida.

(Se continuará.)

VALENCIA.—CONGRESO DE LAS CIENCIAS.—CARAVANA AUTOMOVILISTA

Con objeto de presidir el Congreso de las Ciencias, llegó en la mañana del día 15 á Valencia el ex-presidente del Consejo de Ministros D. Segismundo

del discurso de apertura, por una reciente desgracia de familia, el catedrático de la Universidad de Valencia, Sr. Pastor, leyó el trabajo escrito por aquel

procesión de la Virgen de los Desamparados, patrona de Valencia, que se celebró con extraordinario esplendor.



Solemne sesión de apertura del Congreso de las Ciencias celebrada bajo la presidencia del Excmo. Sr. D. Segismundo Moret en el gran salón de actos de la Exposición el día 15 de los corrientes

Moret y Prendergast, á quien recibieron en la estación las autoridades, el comité de la Exposición Nacional y numerosos amigos. Con él llegaron también los Sres. Azcárate, Altamira, Concas y otros, que fueron recibidos por el Comité local del Congreso.

Poco después de su llegada, los expedicionarios visitaron la exposición, en cuyo salón de actos efectuóse á las doce la inauguración del Congreso de las Ciencias, ante una concurrencia numerosísima, de la que formaban parte muchas señoras y señoritas elegantemente ataviadas.

El Sr. Moret fué muy aplaudido al presentarse en el salón y al aparecer en el estrado, en donde ocupó la presidencia, teniendo á su derecha al gobernador, al alcalde, al delegado regio de la exposición y á los Sres. Concas y Azcárate, y á su izquierda al capitán general, á los presidentes de la Audiencia y de la Diputación, al gobernador militar y al Sr. Altamira.

Abierta la sesión, los catedráticos señores Bermejo, secretario del Comité local, y García Merced, secretario del Comité central de la Asociación para el progreso de las ciencias, leyeron notables memorias dando cuenta de los trabajos realizados para la organización del Congreso y de los efectuados por el de Zaragoza, y después de haber el Sr. Moret explicado la ausencia de D. José de Echegaray, encargado

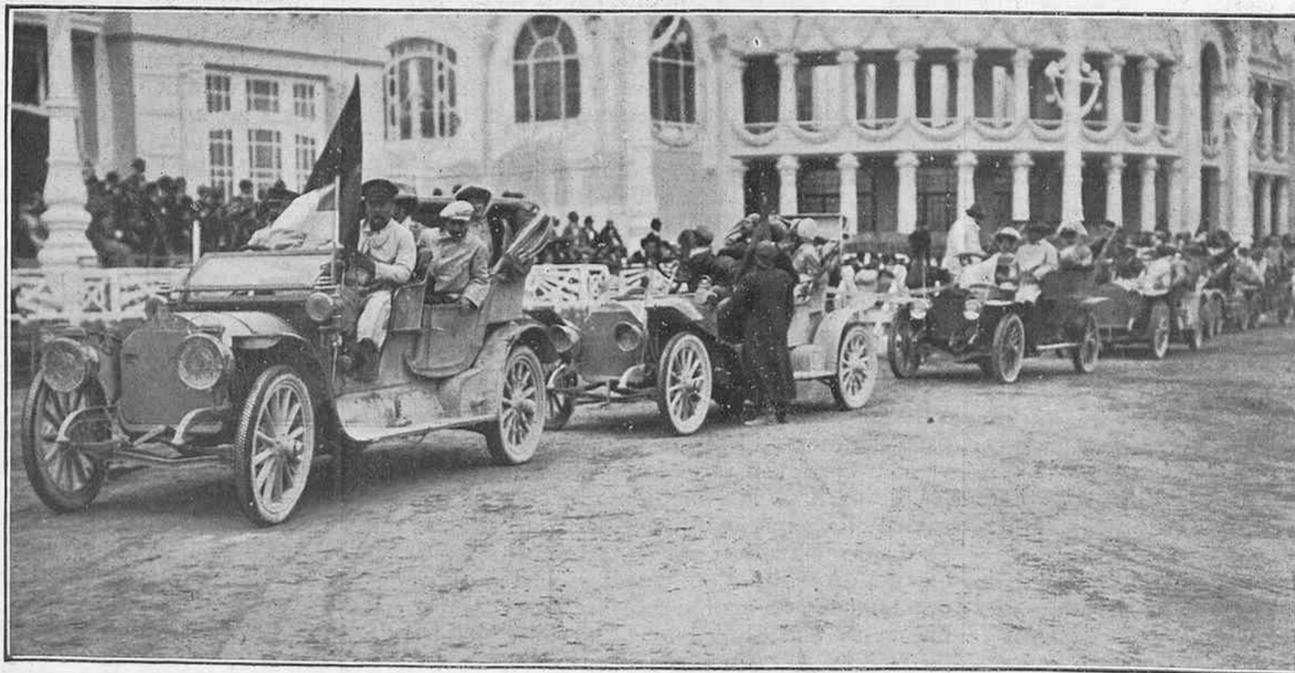
sabio ilustre y que versaba sobre «la evolución en las ciencias.» El discurso del Sr. Echegaray, tan admirable por su fondo como por su forma, fué acogido al final con una ovación entusiasta.

El alcalde saludó á los congresistas y les dió las gracias por haber elegido Valencia para la celebración del Congreso, ya que aquella ciudad, aparte de su amor patrio por ninguna otra superado, puede ofrecer á las ciencias filosófico-jurídicas particulari-

Ha comenzado la gran semana automovilista, que será de seguro una de las más animadas fiestas de la exposición.

La primera caravana que ha llegado á Valencia para tomar parte en ella ha sido la de San Sebastián, á recibir á la cual salieron en la mañana del 14 la Junta directiva del Real Automóvil Club Valenciano y los individuos del Comité de la Exposición. Reunidos todos en Sagunto, en donde les esperaban el

alcalde y la mayoría del Ayuntamiento con una banda de música, emprendieron, después de almorzar, el camino de Valencia. A las cinco de la tarde llegaron á la capital, siendo recibidos en la plaza de Tetuán los expedicionarios por las autoridades y por multitud de automóviles del mencionado Club caprichosamente adornados. Desde allí se dirigieron á la exposición, entrando en la gran pista entre los aplausos del numeroso público, y luego desfilaron por delante del palacio del Ayuntamiento, en donde el alcalde dió la bienvenida á los automovilistas do-



La gran semana automovilista.—Llegada de la caravana de San Sebastián á la gran pista de la Exposición

dades tan dignas de estudio como las leyes que regulan el servicio de riegos y otras. Terminó ofreciendo al Congreso el concurso del Ayuntamiento y el de la ciudad. Su discurso, que fué muy aplaudido, puso fin al solemne acto.

Por la tarde presenció el Sr. Moret, desde los balcones del palacio de Castellfort, el paso de la

nostriarras. Éstos fueron obsequiados por la noche por el Comité de la Exposición con un espléndido lunch y al día siguiente con un suntuoso banquete.

El día 17 se efectuó en la gran pista la fiesta automovilista, en la que se otorgaron muchos premios, algunos de ellos de importancia.—T.

(Fotografías de V. Barberá Masip)

COLONIA.—JUEGOS FLORALES DE 1910



La señorita doña Margarita Bruch, reina de la fiesta y al mismo tiempo ganadora de la flor natural, rodeada de su corte de amor

Con la solemnidad acostumbrada celebróse en el Gürzenich de Colonia, el primer domingo de este mes, la poética fiesta de los Juegos Florales que hace doce años instituyó el ilustre literato Sr. Fastenrath y que, aun después de muerto éste y gracias al poderoso impulso que él le diera, no sólo subsiste sino que florece de día en día con mayor pujanza.

Comenzó el acto ejecutando el profesor Franke en el órgano un recitado y coro del *Sansón* de Hændel; luego entró en el salón la reina de la fiesta, acompañada del presidente de la Asociación Literaria, barón Carlos de Perfall, y pasó á ocupar el trono rodeada de su corte de amor. Esta reina, la señorita Margarita Bruch, hija del eminente compositor berlinés, y que

en estos Juegos Florales ha ganado la Flor natural, saludó á la asamblea con una bellísima composición en verso en loor de Colonia y de la fantasía. El Sr. Schultz leyó una sentida poesía de Carolina Bruch-Sinn dedicada á la memoria de Fastenrath; el órgano y una orquesta de violines, violoncelos y arpas tocaron la *Elevación* del profesor Kleffel, y el barón de Perfall dió lectura al fallo del Jurado. Los poetas premiados resultaron ser: con la Flor natural, la señorita Bruch; con la violeta de oro, Walter Dittmann; con la centaura de oro, Busse-Palma; con el agavanzo de oro, Werner Richter; con el premio extraordinario de la ciudad de Colonia, Sofia Kloers; con el premio extraordinario del Dr. Henrici, Elena Görcke; con el

premio extraordinario de la señorita D.^a Julia Virginia Scheuermann, Luz Scheibe-Mervarid; con el premio del rey D. Alfonso XIII, Enrique Sarnetzki; con el premio extraordinario del cónsul de España en Mannheim, Rosa Ilse; y con el premio á una poesía humorística, Enrique Bredow.

Puso término al acto el Dr. Perfall con un elocuente discurso en el que hizo notar la vitalidad de los Juegos Florales de Colonia y dió las gracias al rey de España por el interés que siempre ha demostrado por la fiesta, á los que han concedido premios y muy especialmente á la señora viuda de Fastenrath que con tanto amor ha secundado siempre esta obra culta de su ilustre esposo.

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
* Célebre Depurativo Vegetal cura las ENFERMEDADES DE LA PIEL Vicios de la Sangre, Herpés, Acne. EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ia}, 102, R. Richelien, Paris. Todas Farmacias.

VIDA DE LA VIRGEN MARÍA
CON LA HISTORIA DE SU CULTO EN ESPAÑA
Dos tomos en folio, ricamente encuadernados, 100 pesetas

ANEMIA + CLOROSIS
APROBACION de la ACADEMIA de MEDICINA de PARIS
Las Auténticas

PÍLDORAS DE BLANCARD
de Paris (2 á 6 al día)
no se venden sueltas
EXÍJANSE LA FIRMA Y EL RÓTULO VERDE

JARABE DE BLANCARD
Inalterable (2 á 3 cucharadas al día)
DESCONFIESE de los SIMILARES INEFICACES
LEUCORREA + DEBILIDADES

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE El más activo y económico, el único Inalterable.— Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

NUEVA REIMPRESIÓN
PENSAMIENTOS — Y RECUERDOS
DE OTÓN, PRÍNCIPE DE BISMARCK
Notabilísima obra que constituye una herencia preciosa para la Historia, y es fuente de sin igual riqueza para los estadistas é historiadores de todas las naciones. Forma dos tomos de más de 400 páginas cada uno, ilustrados profusamente, y encuadernados en tela con corte dorado, y se vende al precio de 15 ptas. en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS RES JORET-HOMOLLE
CURA LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
F. G. SÉGUIN — PARIS 165, Rue St-Honoré, 165 TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Diccionario Enciclopédico Hispano - Americano
Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que representan las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas.
Montaner y Simón, editores.— Calle de Aragón, núms. 809-811, Barcelona

EL OBISPO DE BARCELONA, DR. LAGUARDA, EN LA CASA DE MATERNIDAD Y EXPOSITOS DE LAS CORTS, EN DONDE ADMINISTRÓ EL SACRAMENTO DE LA CONFIRMACIÓN. (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)



El señor obispo rodeado de los expositos Grupo de niños de la sección de lactancia que fueron confirmados por el señor obispo

El día 12 de los corrientes, el señor obispo Dr. Laguarda administró el sacramento de la Confirmación á un centenar de niños albergados en la Casa de Maternidad y Expositos de Las Corts de Sarriá. S. E. Ilma. fué recibido por la Junta de Gobierno y por la Junta de Señoras y pasó á la capilla, en donde, después de revestirse de pontifical, confirmó á los párvulos, que fueron apadrinados, los varones, por el presidente de la Junta de Gobierno y las hembras por las señoritas D.^a Concepción Costa, D.^a Antonia Pons, D.^a Adela Serrahima, D.^a Pilar Balaguer, D.^a Isabel Juliá, D.^a Juana Caperá y D.^a Concepción Aguado.

Terminada la ceremonia, el prelado visitó detenidamente las importantes obras que la Diputación Provincial está efectuando en aquel benéfico establecimiento, entre ellas las de la nueva iglesia y las de la grandiosa fachada, despidiéndose luego de todos los asilados, que le tributaron una ovación cariñosa. Sirvióse después una merienda extraordinaria á todas aquellas criaturas que han encontrado en la santa casa un hogar y en las hermanas que los cuidan y en las personas que constituyen las juntas la solicitud y el amor que la fatalidad les ha privado de gozar en el seno de sus familias.



VINO y JARABE
DE
DUSART
al Lactofosfato de Cal

EL JARABE DE DUSART se prescribe á las nodrizas durante la lactancia, á los niños para fortalecerlos y desarrollarlos, así como EL VINO DE DUSART se receta en la Anémia, colores pálidos de las jóvenes, y á las madres durante el embarazo.

PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma **WLINSI**.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO — ASMA — OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Clorosis, Anemia profunda, Malaria,
Menstruaciones dolorosas, Calenturas.
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PATE EPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN